

REUNION DE GOBERNADORES DEL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL Y DEL BANCO MUNDIAL, EN BELGRADO, YUGOSLAVIA

DISCURSO DEL SEÑOR J. DE LAROSIERE, PRESIDENTE DEL DIRECTORIO EJECUTIVO
Y DIRECTOR-GERENTE DEL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

Señor presidente:

Quisiera unir mis palabras a las suyas para agradecer al presidente Tito su cordial bienvenida, y a todos aquellos que, aquí en Yugoslavia, han participado con tanta dedicación en los preparativos de nuestras reuniones. Es un gran honor para esta reunión anual recibir un saludo del presidente Tito, una de las grandes figuras de la Segunda Guerra Mundial y un estadista que se ocupa de manera constructiva de los asuntos internacionales, tratando siempre de asegurar la paz y la prosperidad para la humanidad. Deseo sinceramente que su valor, su gran visión y capacidad para guiar a su pueblo en las circunstancias más difíciles sean para nosotros una fuente de inspiración al abordar los arduos problemas actuales de la economía mundial. Han sido ejemplares el ingenio y la tenacidad de este país al aplicar soluciones originales a los problemas económicos, y es de admirar el rápido progreso económico que se ha logrado en los últimos decenios.

Yugoslavia es con toda justicia famosa por su belleza y hospitalidad, y nos complace el hecho de que nuestras deliberaciones tengan lugar en un país tan hermoso y acogedor. Quiero también dar la bienvenida a los gobernadores por Cabo Verde, Djibouti y Dominica, países que han ingresado en el Fondo después de nuestra última reunión.

La coyuntura actual de la economía mundial es desalentadora, pero menos incierta que la situación que se produjo en 1974, a la cual se asemeja en muchos aspectos. Hoy el mundo tiene, al menos, la ventaja de la experiencia. Las dificultades se reconocen con mayor facilidad y el curso de los acontecimientos parece ser más previsible.

Con todo, si bien se tiene una idea más clara de las políticas que han de adoptarse, los obstáculos que se presentan están mucho más arraigados. Algunos ajustes esenciales se han retrasado, lo cual hace que las medidas que deben tomarse ahora tengan que

ser más estrictas. Al abrigo ilusorio de dispositivos proteccionistas y de reglamentaciones complejas, las economías industriales han perdido flexibilidad; resulta ahora más difícil efectuar modificaciones que, de todos modos, se han hecho indispensables. Con excesiva frecuencia se han fijado para las políticas económicas objetivos inmediatos, descuidando las reformas estructurales. En cuanto a los problemas a largo plazo del sistema monetario internacional, han sido dejados de lado, aun cuando su solución es uno de los elementos —necesario, aunque no suficiente— de un orden mundial satisfactorio.

Basándome en la experiencia adquirida por el Fondo Monetario Internacional en los últimos años, trataré hoy de establecer las tres esferas de acción que me parecen esenciales para sacar a la economía internacional de la situación difícil en que se encuentra.

La primera de ellas es la lucha contra la inflación; la segunda, los problemas del desarrollo, y, la tercera, la función que puede desempeñar el Fondo en la situación actual de los pagos internacionales y en la evolución a largo plazo del sistema.

I — LA LUCHA CONTRA LA INFLACION, DONDEQUIERA QUE ESTA ULTIMA SE HAGA PRESENTE, ES LA CONDICION MAS APREMIANTE PARA LOGRAR UN CRECIMIENTO ECONOMICO SOLIDO Y PERDURABLE

1. La inflación es un mal profundamente arraigado y generalizado

La inflación se hace sentir en casi todos los países del mundo. Son muy pocos los países —tan solo los que adoptaron oportunamente las medidas necesarias— que han podido contenerla, pero incluso en dichos países siempre se mantiene latente y amenaza con intensificarse. Debe reconocerse en la inflación un mal profundo y pernicioso. La experiencia demuestra que no podemos considerarla como una "cosa natural" que debamos aceptar. Algunos países lo-

gran desarrollarse durante cierto tiempo en un clima inflacionario, pero la observación indica que estas economías, en general fuertemente protegidas, se tornan con el tiempo cada vez más vulnerables. Las medidas que adoptan las economías con inflación son muchas veces más nocivas que el mismo mal: los controles de los precios traen consigo, a la larga, una erosión de los márgenes de utilidades y otras distorsiones, mientras que la indización limita la eficacia de las políticas de ajuste.

Cuando el mundo entero se ve aquejado por la inflación, todo el sistema productivo y comercial está en peligro. El ritmo de la inflación varía, inevitablemente, de un país a otro, y las consiguientes fluctuaciones de los tipos de cambio introducen en los mercados un factor de incertidumbre. Dado que este proceso afecta a las principales monedas, constituye una amenaza para la inversión y el comercio mundiales.

En cuanto a las consecuencias internas de la inflación, son demasiado conocidas para repetir las con detalle. La inflación es injusta desde el punto de vista social, ya que perjudica a los que menos pueden defenderse contra la erosión de sus ahorros. Inevitablemente, la inflación trae aparejado un desinterés general por el dinero y los valores mobiliarios y una preferencia por los activos denominados "reales". Estos son en general los bienes inmuebles y los bienes improductivos que se atesoran, los cuales son mucho más susceptibles de especulación, ya que sus mercados son reducidos y sus precios reflejan la imagen amplificadora de la inflación general. El mercado del oro ofrece hoy un ejemplo notable de los desórdenes a que puede dar lugar la inestabilidad monetaria. Las pérdidas económicas que el mundo ha sufrido a causa de la inflación son indescriptibles.

En la actualidad, este fenómeno se ha generalizado. En 1979, la inflación ha ganado terreno prácticamente en todos los países, aumentando en las naciones industriales a un ritmo parecido al que se juzgó inaceptable en 1975. En vista de sus repercusiones internacionales, es especialmente perturbadora la reciente intensificación de las presiones inflacionarias en Estados Unidos, país en que los precios al consumidor han aumentado en el año en curso a una tasa anual del 13%.

En cuanto a los países en desarrollo, su situación —que ya era precaria— se ha agravado en los casos en que no ha sido posible contener las presiones inflacionarias de los últimos años. Durante 1979 se ha producido un retroceso en ciertas regiones que anteriormente habían logrado contener la inflación

con un éxito extraordinario. Al igual que en los países industriales, las presiones inflacionarias se manifiestan con toda su fuerza en las economías del Tercer Mundo.

2. El problema actual de la inflación debe abordarse en un clima económico difícil en general

Infortunadamente, la lucha contra la inflación debe llevarse a cabo en un clima económico internacional que, en general, es desfavorable.

Sin duda se han logrado importantes mejoras en la posición relativa de las principales economías industriales en el año transcurrido desde nuestra última reunión. Los cambios de política y el efecto de las fluctuaciones de los tipos de cambio han dado por resultado un mejor equilibrio en las tasas de crecimiento de la demanda real interna. Además, han tenido lugar ajustes importantes en los tipos de cambio reales. Todo esto ha originado una importante corrección en lo que respecta a la distribución de los saldos en cuenta corriente entre los países industriales, especialmente entre los tres mayores, y ha mejorado factores fundamentales del posible comportamiento de los mercados de divisas. Naturalmente, a muchos países industriales les preocupan las presiones de costos producidas por la reciente elevación del 60% en el precio del petróleo. Pero el empeoramiento que ahora se prevé en la balanza en cuenta corriente del conjunto de los países industriales (de unos \$ 30.000 millones en 1979) no representa en general graves problemas de financiamiento.

Las perspectivas actuales de crecimiento real de los países industriales son, no obstante, muy limitadas. En la mayoría de estos países han sido bajas las tasas de expansión económica registradas desde hace varios años y el desempleo ha alcanzado un nivel elevado. Además, se puede prever ahora una fuerte desaceleración de la actividad económica en el mundo industrial, debido en gran parte a la incipiente recesión en Estados Unidos. En estas circunstancias, es aún más difícil mostrar la firmeza necesaria para luchar contra la inflación.

La desaceleración económica en el mundo industrial es, a su vez, motivo de inquietud para los países en desarrollo no exportadores de petróleo. Es este uno de los factores que, unido al alza de los precios del petróleo, han hecho que reaparezca un fuerte déficit colectivo en cuenta corriente, lo que ha originado ciertos problemas a los que haré alusión más adelante.

Estos aspectos desfavorables de la situación internacional no deben ser obstáculo para la adopción de medidas antiinflacionarias. Por el contrario, dichos aspectos constituyen un motivo más para aplicar políticas básicas que permitan erradicar el mal inflacionario.

3. El planteamiento de la batalla contra la inflación debe basarse en varias políticas complementarias

La actual intensificación de la inflación ha tenido su origen en varios factores estructurales y en errores cometidos en el campo de la regulación de la demanda. Por lo tanto, toda estrategia antiinflacionaria debe incluir dos líneas de ataque fundamentales.

a) *Dar mayor importancia a la aplicación de políticas de demanda firmes*

Ahora es evidente que la estrategia del "gradualismo", que recibió gran aceptación entre los países industriales hace varios años, no se ha aplicado con éxito en la práctica. Según mi parecer, esto se debe principalmente a que no se ha logrado reducir en absoluto las expectativas inflacionarias. Retrospectivamente, solo cabe deducir que el gradualismo, como método destinado a reducir la inflación y las expectativas inflacionarias, ha sido demasiado gradual. La principal fuente de dificultades en este sentido ha estado constituida por las tasas de expansión monetaria demasiado elevadas, ocasionadas en muchos casos por déficit presupuestarios excesivos. La política monetaria ha permitido que los tipos de interés se mantengan, en general, demasiado bajos con relación a las tasas de inflación. La actitud que se adopte habrá de ser más firme y resuelta al aplicar la política monetaria, y este cambio de orientación deberá ir respaldado por la política fiscal. El objetivo primordial debe ser el lograr credibilidad para las políticas fiscal y monetaria a fin de reducir las expectativas inflacionarias y restablecer la confianza. Será preciso cambiar de orientación en lo que respecta a la política general de demanda, no solo en países industriales, sino también en casi todos los demás países.

Como es natural, la aceleración actual del ritmo de inflación puede obedecer en cierta medida a la reciente subida de los precios del petróleo, de los productos alimenticios y de algunos otros productos básicos. Una tarea esencial del momento actual consiste en evitar que esta oleada de incrementos de los precios de los productos básicos se traduzca en un aumento de la tasa "fundamental" de inflación en

los países industriales. Habrá que conjurar el peligro de que, como consecuencia de las subidas actuales, las expectativas inflacionarias cobren nuevas dimensiones, lo cual daría mayor impulso a la espiral precios-salarios. También habrá de esforzarse la política económica por determinar la forma más adecuada de reaccionar ante la repercusión deflacionaria del alza de los precios del petróleo. La reacción será necesariamente distinta según los países afectados, pero aquellos cuya tasa de inflación es relativamente elevada o cuya posición externa no es sólida harían bien en aceptar esa repercusión deflacionaria en vez de contrarrestarla.

b) *Pero no basta con el control de la demanda: este debe ir respaldado por una serie de medidas que actúen sobre la propia base de la producción*

Pese a la importancia decisiva de un cambio de orientación en la política general de demanda, ello no bastará de por sí para hacer frente a los problemas a largo plazo de índole estructural que se han acumulado en la actualidad. Para esto habrá que hacer mayor hincapié en diversos instrumentos de política, además de los habitualmente utilizados en materia fiscal y monetaria. En la actual situación de "estanflación", debe ser posible limitar las presiones de costos y moderar las alzas de precios —sin que ello origine un mayor desempleo ni aumente la capacidad productiva sin utilizar— mediante la adopción de una política de ingresos eficaz cuando ello se considere factible. De manera más general, es sin duda necesario recurrir con mayor frecuencia a medidas destinadas a mejorar las condiciones de la oferta y alcanzar niveles superiores de ahorro e inversión. En numerosos países, el comportamiento de la economía interna se ha visto obstaculizado en los últimos años por factores de carácter estructural, que con frecuencia tienen su origen en la propia reglamentación estatal. Entre esos factores figuran la fuerte desaceleración del crecimiento de la productividad, la escasez de energía, la menor rentabilidad de las empresas y las rigideces derivadas de la actitud frente al trabajo y del reajuste casi automático y general de los salarios y prestaciones del seguro social a los precios. En la actualidad, estos obstáculos cobran en el cuadro general de la economía mayor importancia de lo que se esperaba y habrá que allanarlos con el fin de mejorar la eficiencia económica. Me referiré en especial a dos campos en que es indispensable adoptar medidas constructivas, no solo para que la lucha contra la inflación dé el resultado apetecido, sino también para mantener la estabilidad de la situación internacional: la política energética y la libertad del comercio internacional.

Política energética

La adopción de una política más apropiada en materia de energía responde a una necesidad fundamental. A fin de economizar energía y descubrir nuevas fuentes de abastecimiento, es de suma importancia establecer en este campo una política realista de precios, sobre todo en los países cuya producción interna de energía ha ido disminuyendo en relación con las importaciones. La energía ha pasado a ser un recurso costoso y seguirá siéndolo, sin lugar a dudas. Si se quiere que aumente la producción de energía habrá que efectuar nuevas inversiones destinadas a la prospección de petróleo y a la explotación de otras fuentes de energía. Esas inversiones requerirán un financiamiento considerable y un gran incremento del ahorro para respaldarlas. Mucho podría lograrse en este sentido reforzando el papel desempeñado por los organismos internacionales en el fomento de la producción de energía en los países en desarrollo.

Por lo que respecta a la fijación de los precios de la energía, una política realista consistiría en trasladar íntegramente al consumidor el alza experimentada en 1979 por los precios del petróleo. Pese a la reducción implícita del ingreso real y del nivel de vida, los gobiernos deberán esforzarse al propio tiempo por limitar los efectos indirectos del alza de precios del petróleo en el nivel general de precios. Aunque es difícil, el papel que a este fin podría cumplir la política de ingresos es evidente, excluyendo los precios del petróleo del mecanismo de indexación de salarios, con lo cual podría aminorarse la contraproducente espiral precios-salarios.

La lucha contra el proteccionismo

Deseo manifestar una vez más mi profunda preocupación por el proteccionismo. Aunque siempre resulta nocivo acudir al proteccionismo bajo cualquier pretexto, pues acentúa la inflación y las rigideces estructurales y reduce la productividad, me preocupan en particular los efectos perjudiciales que está produciendo en la labor que despliegan los países en desarrollo para fomentar su crecimiento económico mediante una política orientada hacia el exterior. Sin lugar a dudas, en muchos países —ya sean desarrollados o en desarrollo— es necesario adoptar medidas destinadas a favorecer la reasignación de recursos indispensable para que aumente el volumen del comercio mundial. Debo subrayar la importancia que tiene el que los países se adapten a los cambios de estructura experimentados por su capacidad de exportación y mantengan un sistema abierto de comercio.

Quizá se esté iniciando una etapa muy difícil para la economía mundial, que duraría como mínimo algunos años. Pero estoy convencido de que se puede cambiar la situación radicalmente y orientar la economía mundial, que duraría como mínimo algunos años. Pero estoy convencido de que se puede cambiar la situación radicalmente y orientar la economía mundial en la dirección correcta adoptando medidas de política que se ajusten a las directrices complementarias que acabo de señalar. No subestimo las dificultades de carácter social y económico que ello entraña ni la resolución de que deberán dar pruebas las autoridades, pero no veo otra solución.

II — ES ESENCIAL TENER EN CUENTA LAS NECESIDADES Y LOS PROBLEMAS PROPIOS DE LOS PAISES EN DESARROLLO

1. Está agravándose la situación de los países en desarrollo

La evolución experimentada en los países industriales, unida a la nueva subida de precios del petróleo, les plantea problemas de consideración a los países en desarrollo no petroleros. El empeoramiento general de la posición externa de esos países se produce en un momento en que la situación de su economía interna es muy decepcionante.

La tasa de crecimiento económico de los países en desarrollo no exportadores de petróleo ha sido moderada en los últimos años, en comparación con el crecimiento demográfico y con las necesidades de desarrollo de dichos países. Esta generalización se aplica especialmente a un subgrupo de países que poseen los ingresos per cápita más bajos (1), países que representan, en conjunto, cerca del 40% de la población de los países miembros del Fondo, pero menos del 3% del PIB total.

Al propio tiempo, la inflación sigue siendo un problema grave en muchos de los países en desarrollo no petroleros. Según estimaciones, el alza de los precios al consumidor de dicho grupo de países correspondiente a 1979 —de un 30% por término medio— es tres veces superior al promedio correspondiente a los últimos años del decenio de 1960 y los primeros del de 1970.

El empeoramiento de la posición externa del grupo de países en desarrollo no petroleros se pone de manifiesto por el gran aumento de su déficit colectivo en cuenta corriente. Tras aumentar de \$ 21.000 millones en 1977 a \$ 32.000 millones en 1978, se prevé

(1) Constituido por los 39 países miembros del Fondo que en 1977 tenían un PIB per cápita equivalente a \$ 300 o menos.

que el déficit ascienda a \$ 45.000 millones en 1979 y sobrepase bastante los \$ 50.000 millones en 1980. Un incremento semejante traería consigo una mayor probabilidad de que numerosas balanzas de pagos se encontraran en situación difícil.

El grupo de países en desarrollo no exportadores de petróleo ha obtenido préstamos del exterior en cuantía que se ha venido ampliando considerablemente en los últimos años, con lo que no solo han enjugado su déficit en cuenta corriente sino que han incrementado notablemente sus reservas internacionales. Se prevé que, como consecuencia del crecimiento de la deuda externa así originado, sean mayores los cargos que dichos países deban abonar por concepto del servicio de la deuda. Gran parte de la nueva deuda ha correspondido a préstamos obtenidos en los mercados financieros internacionales en condiciones menos favorables que las relativas al financiamiento tradicional del desarrollo; por consiguiente, los cargos del servicio de la deuda han ido aumentando con mayor rapidez aun que la propia deuda.

Pero más inquietante todavía es la circunstancia de que el notable incremento experimentado entre 1977 y 1979 por el déficit en cuenta corriente de los países en desarrollo no petroleros pueda atribuirse por entero a dos factores, a saber: el empeoramiento de la relación de intercambio y los gastos más elevados por concepto de intereses, factores que han ido absorbiendo los fondos tomados a préstamo sin que aumente la corriente real de recursos externos para el desarrollo.

Me preocupa en particular la posición externa del subgrupo de países en desarrollo con bajos ingresos. Aunque a estos países les corresponde una parte cada vez menor del déficit total en cuenta corriente de los países en desarrollo no petroleros, esto obedece probablemente a que no se hallan en condiciones de financiar el incremento más pronunciado de sus déficit. Se calcula que, en términos reales (es decir, en poder adquisitivo de productos de importación), la entrada neta de capital y ayuda recibida por los países en desarrollo de bajos ingresos no ha sido superior en 1978 y 1979 a la de 1973. Se trata de una situación muy inquietante, que pone claramente de manifiesto la importancia capital que reviste aumentar la corriente de ayuda oficial para el desarrollo.

2. Es indispensable la adopción de medidas enérgicas a favor de esos países

Es esencial que los países industrializados hagan todo lo posible por ayudar a los países en desarrollo en materia de financiamiento externo. Los que tie-

nen una posición relativamente sólida en cuenta corriente deben tomar todas las medidas a su alcance para promover nuevas corrientes de capital privado para el desarrollo. Deseo subrayar que estas corrientes se verían facilitadas si los propios países en desarrollo adoptaran las medidas pertinentes para mantener su capacidad crediticia. Además, existen argumentos convincentes a favor de que todos los países industriales, tanto los superavitarios como los deficitarios, aumenten la cuantía del financiamiento oficial para el desarrollo. También sería útil que los principales países exportadores de petróleo siguieran esforzándose por ampliar la corriente, ya abundante, de recursos financieros para el desarrollo que facilitan a los países en desarrollo no petroleros, pues es esencial para el desarrollo económico ampliar la afluencia de capital y de ayuda a los países en desarrollo, al tiempo que se adoptan medidas destinadas a mejorar las posibilidades de acceso de sus productos de exportación al mercado. Esto también es necesario para que funcione adecuadamente el sistema monetario internacional. En este sentido, deseo hacer una advertencia contra el recurso a mecanismos monetarios pensando que puedan proporcionar un modo carente de costos para financiar la ayuda.

Por su parte, el Fondo Monetario Internacional ha venido adaptando sin cesar sus políticas en una forma que ha resultado ser provechosa para sus países miembros en desarrollo. Por ejemplo, son 59 los países en desarrollo habilitados actualmente para recibir préstamos a bajo interés del Fondo Fiduciario durante un período que finalizará el 30 de junio de 1980. Desde 1976 el Fondo Fiduciario ha desembolsado unos DEG 1.200 millones en préstamos otorgados a 47 países. Cabe decir asimismo que, aunque la reciente liberalización del servicio de financiamiento compensatorio y la adopción de una nueva serie de directrices sobre la condicionalidad son aplicables a todos los países miembros, serán de especial utilidad para los países en desarrollo. Con respecto a la última modificación de las disposiciones relativas al servicio de financiamiento compensatorio, tiene especial trascendencia la circunstancia de que el Fondo se encuentra actualmente dispuesto a autorizar giros de hasta el 100% de la cuota.

III — LA FUNCION DEL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL Y LA EVOLUCION DEL SISTEMA A LARGO PLAZO

1. Función que desempeña actualmente el Fondo en el financiamiento y el proceso de ajuste

Los grandes desequilibrios de pagos que, es de prever, caracterizarán a la economía mundial durante

los próximos años, requerirán la actuación en gran escala de los intermediarios financieros. Como es natural, los mercados privados internacionales de capital desempeñarán la principal función en el reciclaje de los fondos de los países superavitarios a los deficitarios, como lo hicieron eficazmente a partir de 1974, al iniciarse la primera serie de aumentos importantes de los precios del petróleo. Estimo que podemos confiar en que la banca internacional volverá a cumplir la tarea que le corresponda frente a las nuevas exigencias y, en este sentido, me parece una buena señal la atención que en la actualidad se presta a la supervisión de los bancos internacionales por razones que dicta la prudencia. Evidentemente, ocuparse del funcionamiento del mecanismo de ajuste internacional no es función de las instituciones bancarias privadas que operan en los mercados internacionales de capital. Por consiguiente, en ese ámbito tiene el Fondo la función de facilitar liquidez condicional a los países miembros en condiciones que tienen por objeto consolidar el ajuste de balanza de pagos.

El Fondo está dispuesto a participar activamente en lo que se refiere a ayudar a los países a formular programas de ajuste y a financiar déficit de balanza de pagos. Si se examinan las perspectivas de pagos hasta fines de 1980 se corrobora la impresión de que los problemas han empeorado considerablemente en muchos países miembros que podrían llegar a necesitar los recursos condicionales del Fondo y se ha puesto de manifiesto que en la mayoría de los casos los problemas tienen su origen en las políticas internas de gestión económica que se han seguido durante varios años. Del análisis efectuado se desprende, además, que si bien la actual agudización de los problemas se debe en su mayor parte a causas externas, la mayoría de las dificultades actuales no son a corto plazo. Por lo tanto, es necesario proceder al ajuste, y es prácticamente seguro que la demora excesiva en adaptarse a la nueva situación obligaría a realizar luego un ajuste que resultaría aún más riguroso y también más abrupto.

En estas circunstancias no corresponde, en mi opinión, sugerir la creación de un servicio financiero especial semejante a los servicios del petróleo de 1974 y 1975. Sin embargo, habida cuenta de la intensificación de las necesidades, lo que deseamos es que el Fondo responda plenamente a las expectativas de los países miembros con problemas difíciles de ajuste. El Fondo debe responder con sus recursos y con sus políticas. Por lo que se refiere a los recursos, el servicio de financiamiento suplementario constituye una importante fuente de ayuda que, con gran

acierto, creó mi antecesor. Este servicio, con compromisos de préstamo de casi DEG 8.000 millones, tiene por objeto aumentar los recursos disponibles para atender las necesidades de los países miembros que solicitan ayuda en mayor cuantía y por períodos más prolongados que los contemplados en las normas que rigen para los tramos de crédito ordinarios del Fondo. Este servicio financiero permite que el Fondo conceda préstamos con mayor flexibilidad con relación a las cuotas de los países miembros. Los países que se encuentran en "circunstancias especiales" pueden efectuar giros mayores que los normales, con la condición de que cuenten con un programa que garantice que los ajustes necesarios se llevarán a cabo hasta su conclusión.

Dada esta situación, es indispensable que, en las deliberaciones sobre los programas de ajuste, el Fondo tenga en cuenta las causas de los desequilibrios, y también los objetivos internos de carácter social y político, las prioridades económicas y las circunstancias de cada país. En cuanto a las políticas del Fondo, el Directorio Ejecutivo ha adoptado nuevas directrices para regular el uso de los recursos del Fondo que, a mi juicio, establecen normas mucho más flexibles para la condicionalidad. En cuanto a la adaptación de los préstamos condicionales del Fondo a las circunstancias y necesidades actuales, me complace que aquí, en Belgrado, el Comité para el Desarrollo y el Comité Provisional hayan estado de acuerdo con mi propuesta en el sentido de presentar dos peticiones al Directorio Ejecutivo del Fondo:

1° Que continúe estudiando la posibilidad de prolongar, de ocho a diez años, el período máximo de recompra con respecto a las compras que se efectúen en virtud del servicio ampliado. Este servicio financiero es particularmente útil en el caso de los ajustes estructurales en que se pueden utilizar simultáneamente recursos del Fondo y del Banco.

2° Que considere la manera de encontrar los medios para reducir los costos por concepto de intereses del servicio de financiamiento suplementario.

Por último, en vista de la necesidad evidente de que el Fondo desempeñe una función más importante de intermediario, quisiera instar a los países miembros que todavía no hayan aceptado los aumentos de cuota previstos en la séptima revisión general de cuotas a que lo hagan cuanto antes. El aumento del 50% de las cuotas se necesita para que el Fondo esté en mejores condiciones de hacer frente a las necesidades que puedan surgir en el actual clima de incertidumbre que caracteriza a la situación económica internacional, de recurrir a su financiamiento.

2. La evolución a largo plazo del sistema monetario internacional

Nuestra inquietud por los graves problemas actuales no debe hacernos olvidar los problemas fundamentales del sistema, que es lo que hemos tendido a hacer en los últimos años. Si el sistema monetario no evoluciona de manera armoniosa seguiremos tropezando de vez en cuando con graves perturbaciones y nunca llegaremos a una situación plenamente satisfactoria. Por consiguiente, la preocupación del Fondo por los problemas de sus países miembros y de la economía mundial debe inscribirse en el marco más general de la evolución del sistema monetario internacional. La entrada en vigor, en abril de 1978, del Convenio Constitutivo enmendado marcó un hito —aunque solo uno— en el proceso de la reforma y debemos examinar ahora las posibilidades de ampliar y mejorar el sistema.

El Fondo está estudiando intensamente numerosos aspectos del sistema, como por ejemplo el funcionamiento del proceso de ajuste, la estructura de los activos de reserva y el mecanismo de los tipos de cambio. Desde la Reunión Anual de 1978, el Directorio Ejecutivo ha prestado renovada atención a una posible innovación en materia de activos de reserva que podría ampliar notablemente la función del DEG, es decir, la creación de una cuenta de sustitución, administrada por el Fondo, en la cual se aceptarían depósitos efectuados por tenedores oficiales en dólares de Estados Unidos a cambio de un valor equivalente en títulos denominados en derechos especiales de giro. La buena acogida que ha tenido la idea de una cuenta de sustitución indica el renovado interés por aspectos de la reforma que se tradujeron, hace más de una década, en la creación del DEG. Es asimismo indicativa de la necesidad que se siente en general de un funcionamiento más estable del sistema.

Compruebo con gran satisfacción que el Comité Provisional ha apoyado activamente esta propuesta y solicitado del Directorio Ejecutivo que continúe prestando atención prioritaria a la formulación de un plan relativo a la cuenta de sustitución e informe sobre el progreso logrado en la próxima reunión del Comité Provisional. El Comité expresó su criterio de que

...para lograr, con carácter voluntario y en gran escala, una extensa participación en la cuenta, esta deberá, entre otras cosas, satisfacer las necesidades de los países miembros depositantes, tanto desarrollados como en desarrollo; sus costos y beneficios deberán dis-

tribuirse con bastante equidad entre todas las partes interesadas, y sus disposiciones relativas a la liquidez de los títulos, su tipo de interés y el mantenimiento de su valor en capital deberán ser satisfactorias.

A mi juicio, una cuenta de sustitución con dichas características constituiría un paso adelante significativo en la evolución del sistema monetario internacional. Dicha cuenta reduciría la inestabilidad inherente a un sistema demasiado centrado en una moneda —el dólar— o en un sistema de reserva con varias monedas, con el que no se encuentran a gusto muchos países miembros. Hay una tercera posibilidad, y el Fondo pecaría de negligencia si no la estudiara. La cuenta de sustitución contribuiría a hacer del DEG el principal activo de reserva del sistema, como se prevé en el Convenio Constitutivo, y esto, a su vez, crearía condiciones más propicias a la influencia internacional en el aumento de la liquidez internacional.

Es evidente que la creación de una cuenta de sustitución con las características que he enumerado no constituye una solución para todas las deficiencias del sistema. No se puede considerar como una panacea universal y menos aún como un medio de evitar la disciplina. A su debido tiempo, sin duda habrá que adoptar nuevas medidas respecto de la reforma. Pero, sobre todo, ningún sistema dará resultados satisfactorios a menos que cuente con el apoyo de medidas económicas prudentes tomadas por los países miembros, especialmente por los que desempeñan un papel fundamental en el funcionamiento del sistema.

Señor presidente:

En materia de política económica, la cooperación internacional puede y debe desempeñar una función importante. Esa función, en realidad, es necesaria para lograr la máxima eficacia de las directrices generales de política que he presentado antes en estas observaciones. En un mundo en que la interdependencia entre los países es cada vez mayor, ninguno de ellos puede permitirse hacer caso omiso de las influencias internacionales en la gestión de su política interna.

Todos los países deben tratar de contribuir al éxito del proceso de ajuste internacional, siguiendo los principios establecidos en el Fondo. Los países industriales, de los cuales tanto depende el comportamiento de la economía mundial, tienen especial obligación en este asunto. En mi opinión, el logro de un

mejor funcionamiento del proceso de ajuste podría traducirse en una mejora significativa de la situación económica en todo el mundo.

Específicamente, desde que las autoridades de Estados Unidos y otros países adoptaron un conjunto de medidas en noviembre de 1978, ha mejorado considerablemente la dirección cotidiana de los mercados de divisas. Considero que los países industriales más importantes deben continuar sus esfuerzos para coordinar las medidas relativas a la intervención en el mercado de divisas. Coordinar la intervención es tanto más necesario cuanto que existe una tendencia general en los países a "formarse una opinión" sobre el mercado, evidentemente debido a cierta decepción ante el juego de las fuerzas del mercado que pueden causar fluctuaciones de los tipos de cambio excesivas o demasiado rápidas. Estimo asimismo que los principales países industriales deben procurar coordinar más estrechamente las políticas monetarias y de tipos de interés. En nuestro mundo en que las corrientes de capital se desplazan libremente, la experiencia indica que, de no existir mayor cooperación en el campo monetario, las medidas adoptadas por los países que mantienen relaciones comerciales entre sí no solo pueden complicar la gestión de la economía interna de cada país sino también favorecer movimientos de capital que produzcan un

efecto desestabilizador en los tipos de cambio de las principales monedas.

Todos estos asuntos se relacionan estrechamente con los intereses y la labor del Fondo. Por consiguiente, insisto en subrayar, como otro aspecto de la cooperación internacional, la importancia que reviste la colaboración de los países miembros tendiente a consolidar las facultades que posee el Fondo para ejercer sus amplias funciones. La eficacia de esas funciones —en especial las relativas a la supervisión de las políticas cambiarias y al mantenimiento de un diálogo mundial sobre problemas económicos y financieros— entraña la disposición de los países miembros a colaborar. En este sentido, colaborar significa examinar los problemas y posibilidades de acción con una actitud abierta y de colaboración, y estar dispuesto a escuchar la voz de la comunidad internacional con la misma atención que la de cualquier grupo importante que represente intereses nacionales. El Fondo tiene la característica muy especial de contar con un órgano permanente —el Directorio Ejecutivo— que representa un reflejo de nuestros países miembros y puede abordar estas cuestiones de manera responsable y eficaz. Confío en que contaremos con el respaldo y la colaboración de los países miembros para realizar la ardua labor que tenemos por delante.

DISCURSO DEL SEÑOR ROBERT S. McNAMARA, PRESIDENTE

DEL GRUPO DEL BANCO MUNDIAL

I — INTRODUCCION

Nos reunimos este año en el momento en que un decenio turbulento se acerca a su fin y está a punto de comenzar lo que promete ser una década aún más crítica.

No es necesario que se nos recuerde que las tensiones económicas del decenio de 1970 han sido las más graves registradas desde la Segunda Guerra Mundial y la depresión global que la precedió. Pero la realidad es que los problemas a los que todos nos enfrentaremos durante el decenio de 1980 serán, con casi absoluta certeza, más difíciles. Lo serán porque, al haber perdido un tiempo irrecuperable, las soluciones más fáciles de esos problemas han comenzado a desaparecer.

Lo que nos queda para el decenio venidero son dilemas cada vez más penosos que ya no pueden ignorarse o posponerse por más tiempo. Tendremos que decidir —y decidir pronto— si podemos realmente permitirnos seguir contemporizando con graves problemas de desarrollo que están empeorando en lugar de mejorar.

En diversos órganos de la comunidad internacional se trabaja actualmente en la preparación de propuestas para la estrategia general del Tercer Decenio para el Desarrollo (1).

Nota: Todas las cantidades de dinero se expresan en su equivalente en dólares de los Estados Unidos.

(1) En el Comité Preparatorio de las Naciones Unidas para la Nueva Estrategia Internacional del Desarrollo se trabaja en la actualidad sobre las ideas principales que deberían incluirse en esa estrategia cuando se presente en el curso del undécimo período extraordinario de sesiones de las Naciones Unidas, programado actualmente para mayo de 1980.

El momento es propicio para examinar con ánimo realista las enseñanzas del desarrollo durante el decenio de 1970 y decidir cuál es la mejor manera de aplicar esa experiencia en la década de 1980 y después.

Por consiguiente, lo que deseo hoy es, en breve:

Hacer algunos comentarios sobre el historial de la década de 1970 y la puesta en práctica de la estrategia seguida en el Segundo Decenio para el Desarrollo;

Identificar los problemas clave que los países ricos y pobres tendrán que abordar juntos en el decenio de 1980;

Sugerir lo que puede hacerse para confrontar esos problemas mediante una nueva estrategia internacional de desarrollo basada en las realidades de la interdependencia, e

Indicar el modo en que el propio Banco puede ayudar más eficazmente en esa tarea.

Permítanme que comience con el historial de los resultados obtenidos durante el decenio de 1970.

II — ENSEÑANZAS DEL SEGUNDO DECENIO PARA EL DESARROLLO

A finales de octubre de 1970 la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó por aclamación la "Estrategia Internacional del Desarrollo para el Segundo Decenio de las Naciones Unidas para el Desarrollo".

La meta principal de la estrategia general era que los países en desarrollo, en conjunto, alcanzaran durante el decenio una tasa media anual de crecimiento de su producto interno bruto (PIB) de por lo menos 6%.

De esta meta principal se derivaban seis objetivos secundarios, a saber: un aumento medio anual en los países en desarrollo en general de 3,5% en el PIB per cápita; tasas de crecimiento anual de 8% en las manufacturas, 4% en la producción agrícola y 7% en el volumen de exportaciones; una tasa de ahorro interno que llegase a 20% del PIB en 1980 y un volumen anual de asistencia oficial para el desarrollo (AOD) de los países desarrollados que alcanzara a 0,7% de su producto nacional bruto (PNB) en 1975.

¿Qué ha sucedido con estas metas?

Ya tenemos las cifras de las realizaciones hasta 1978 inclusive y podemos elaborar proyecciones razonablemente exactas de los resultados correspondientes a los dos años que quedan del decenio.

La meta principal —la tasa de crecimiento de 6% para el PIB combinado de todos los países en desarrollo— no se alcanzará. En el mejor de los casos, el crecimiento de estos no pasará de 5,2% al año, como reflejo de la desaceleración gradual del crecimiento en todo el mundo durante la segunda mitad del decenio.

Aún más, hubo grandes deficiencias en cuatro de los objetivos secundarios. De especial importancia fueron las relativas a la producción agrícola, que registró una tasa de crecimiento de solo 2,8% en lugar de 4%, y a la AOD de los países desarrollados, que alcanzó un promedio inferior a la mitad de la meta.

Por otra parte, estas estadísticas generales de los resultados medios ocultan tanto como revelan.

Por ejemplo, la tasa media de crecimiento de 5,2% alcanzada por los países en desarrollo en conjunto oculta el hecho de que ese crecimiento fue muy desigual entre ellos y que el ingreso aumentó menos donde más se necesitaba, es decir, en los países más pobres que tienen la población global más numerosa.

Los principales países exportadores de petróleo, a los que corresponde menos de 10% de la población de todas las naciones en desarrollo, disfrutaron de una tasa de crecimiento del PIB no de 6%, sino de 9,5%.

Los países de ingresos medianos que no exportan petróleo, que cuentan con solamente 29% de la población, registraron una tasa de crecimiento de 6,2%.

Los países más pobres, que abarcan un abrumador 61% de la población, tuvieron una tasa de crecimiento de solo 4%.

Las diferencias son aún más pronunciadas en el caso del crecimiento del PIB per cápita.

En los países de ingresos medianos que exportan petróleo, la tasa de crecimiento no fue meramente la de 3,5% fijada como meta, sino que llegó a 6,6%, es decir, casi el doble.

Incluso en los países de ingresos medianos que no cuentan con rentas petroleras, la tasa de crecimiento superó a la meta, al llegar a 3,6%.

En los países más pobres, sin embargo, el ingreso per cápita aumentó solamente en 1,7% al año, y en Africa en solo 0,2%. A efectos prácticos, esto representa un estancamiento. Significa que para cientos de millones de personas ya atrapadas en una situación apenas de supervivencia, el "crecimiento" del ingreso fue de dos o tres dólares al año.

Perfil del mundo en desarrollo (1)

	PIB per cápita					Como porcentaje del total de los países en desarrollo		
	Población a mediados de 1979 (millones)	Mon-to en dólares 1978 (2)	Tasa de crecimiento 1970-80	Tasa de alfabetización 1975	Espe-ranza de vida 1977	Pobla-ción 1979	PIB 1976 (3)	Expor-taciones 1976 (4)
Países más pobres								
India	656	175	1,4	36	51	28,7	7,9	2,7
Otros países de Asia.....	455	200	2,7	48	51	19,9	6,1	5,2
Africa	168	175	0,2	30	46	7,3	2,1	1,7
Total	1.279	185	1,7	36	50	55,9	16,1	9,6
Países de ingresos medianos								
América Latina y el Caribe...	346	1.390	2,6	77	63	15,1	32,8	24,2
Africa al Sur del Sahara....	206	670	1,4	27	48	9,0	9,6	13,2
Asia Oriental y el Pacífico..	174	850	6,2	83	63	7,6	9,3	20,8
Otros	283	1.660	2,9	52	60	12,4	32,2	32,2
Total	1.009	1.225	2,9	69	60	44,1	83,9	90,4
Todos los países en desarrollo								
Total	2.288	645	2,8	50	54	100,0	100,0	100,0
Porcentaje de todo el mundo.						76,9	21,0	23,0

(1) No se incluyen los países con economía de planificación centralizada. (2) A precios de 1978; estimaciones preliminares. (3) A precios de 1975. (4) Mercancías solamente.

Tiene poco sentido fijar metas generales que los países más pobres, que cuentan con más de la mitad de la población, no tienen esperanza alguna de alcanzar. Como se puede observar en el cuadro I, esos países han sido capaces de producir solamente un 16% del PIB combinado de las naciones en desarrollo y menos de 10% de sus exportaciones. Su ingreso medio per cápita es solo una séptima parte del de los países de ingresos medianos.

Estos países más pobres tienen, por supuesto, desventajas muy graves: el nivel de alfabetización de su población es inferior, sufren más de desnutrición y enfermedades y su esperanza de vida es menor. Cuentan con recursos internos limitados y necesitan desesperadamente asistencia en condiciones concesionarias que suplémente sus propios esfuerzos.

Las naciones de ingresos medianos, por el contrario, han podido aprovechar sus mejores dotaciones de recursos, mayores oportunidades de mercado y entradas más cuantiosas de capital. Sus perspectivas son prometedoras, siempre que puedan combinar una gestión económica interna apropiada con la expansión sostenida de sus exportaciones y el acceso continuado al capital para fines de desarrollo.

Así pues, la primera enseñanza que se puede derivar de la experiencia del Segundo Decenio para el Desarrollo en la práctica es que en la planifica-

ción de la estrategia de desarrollo futura se debería prestar mayor atención a esta diversidad y desglosar las metas globales en propuestas de acción que se adapten en forma más específica a condiciones determinadas. Las metas globales pueden ser útiles, pero solo en la medida en que proporcionen un marco convenido dentro del cual puedan formularse programas nacionales de acción detallados.

La segunda lección que podemos aprender del Segundo Decenio para el Desarrollo es corolario de la primera. Aunque el plan estratégico mencionaba la conveniencia de adoptar medidas especiales en favor de los menos adelantados de los países en desarrollo, no incluía ninguna meta específica de tiempo para aminorar la pobreza absoluta.

La meta de crecimiento del PIB de 6%, por muy deseable que era, no se identificó como un medio para lograr la transformación social fundamental a largo plazo de las naciones en desarrollo.

Hubo entonces grandes debates sobre la posibilidad de reducir la brecha relativa en materia de ingresos entre las naciones industrializadas y los países en desarrollo. Ahora bien, esta meta no solo es esquiva, sino que, aunque se alcanzara, posiblemente aportaría escaso alivio a los cientos de millones de personas que viven en la pobreza absoluta en el mundo en desarrollo.

Un objetivo de la estrategia de desarrollo que es mucho más importante y urgente es el de procurar reducir la brecha relativa entre los países ricos y pobres en lo referente a la calidad de la vida, es decir, en los niveles de nutrición, alfabetización, esperanza de vida y ambiente físico y social.

Estas diferencias en la calidad de la vida se redujeron durante el decenio de 1970, como indica el cuadro II, y en el caso de los países más pobres disminuyeron incluso al tiempo que se agrandaba la brecha del ingreso per cápita entre ellos y las naciones desarrolladas.

CUADRO II
Indicadores del progreso social relativo (1)

	Países de bajos ingresos			Países de ingresos medianos			Todos los países en desarrollo		
	1960	1970	1976	1960	1970	1976	1960	1970	1976
Calorías como % de las necesidades	71	73	73(2)	78	82	83(2)	74	77	77(2)
Esperanza de vida	61	63	63(3)	76	80	81(3)	68	71	73(3)
Alfabetización de los adultos.....	30	32	36(3)	52	67	70(3)	39	47	51(3)
Matrícula en la educación primaria	45	62	72	69	84	90	55	71	81
Ingreso per cápita	4,7	3,2	2,5(4)	17,2	14,5	16,0(4)	10,2	8,2	8,5(4)

(1) El valor del indicador se expresa como porcentaje del valor correspondiente al país desarrollado medio. (2) En 1974. (3) En 1975. (4) En 1977.

Si en la estrategia del Segundo Decenio para el Desarrollo se hubiera hecho hincapié más directo en la reducción de la pobreza absoluta, estos y otros factores de la calidad de la vida podrían haber mejorado considerablemente más de lo que lo hicieron.

No es que la brecha entre los niveles de ingresos no sea importante. En la lucha por los escasos recursos mundiales es enormemente pertinente, e ilustrativa de la evidente capacidad que los ricos y poderosos tienen para ayudar a los pobres y débiles. Pero en lo que se refiere a determinar los objetivos a largo plazo de los propios países en desarrollo, esa brecha carece en gran medida de importancia.

Todo esto tiene relación con otro importante problema, ya es que la comunidad internacional no cuenta realmente con medios adecuados para poner en práctica una política de desarrollo convenida.

Por ejemplo, cuando en la estrategia se especifica una meta de producción, como una tasa de crecimiento agrícola de 4%, o una meta financiera, como un volumen de AOD que llegue a 0,7% del PNB de las naciones miembros de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), esas metas son realmente poco más que esperanzas o aspiraciones. Lo cierto es que detrás de ellas no hay unidad, decisión o fuerza internacionales.

Por consiguiente, si la formulación de la estrategia de desarrollo ha de ser genuinamente eficaz, debe hacer algo más que limitarse a fijar metas globales no diferenciadas. Debería incorporar opciones de política y estar respaldada por suficiente entendimiento y acuerdo internacionales por parte tanto de los países adelantados como de las naciones en desarrollo, a fin de asegurar que su orientación general se lleve a cabo.

Por ejemplo, algunos de los aspectos más importantes del actual Diálogo Norte-Sur podrían tomar forma concreta en el marco de tal estrategia de desarrollo, más bien que fuera de ella.

Ahora que se va a formular una nueva estrategia para otro decenio de desarrollo, todos tenemos la oportunidad —y la responsabilidad— de aprovechar lo que podamos de la experiencia de los diez últimos años y de preguntarnos cuál es el mejor modo de proceder.

Un punto de partida es examinar algunos de los problemas críticos de desarrollo que estamos seguros de enfrentar en el decenio de 1980, problemas que conllevan enormes sanciones en caso de dilaciones y demoras.

III — PROBLEMAS CRITICOS DEL DESARROLLO EN EL DECENIO DE 1980 Y DESPUES

Podemos comenzar con el problema más crítico de todos: el crecimiento de la población.

Población

Como ya he señalado en otro lugar, dejando aparte una guerra nuclear, se trata del problema más grave a que se enfrentará el mundo en los decenios venideros.

El crecimiento de la población de este planeta no está, en última instancia, en manos de los gobiernos, las instituciones o las organizaciones. Está en manos de literalmente cientos de millones de padres y madres, que serán quienes determinen los resultados. Esto es lo que hace que el problema de la población sea de dimensiones tan vastas y tan refractario a soluciones, y esta es la razón de que se le deba

hacer frente como lo que inevitablemente es: un factor determinante fundamental del futuro de la humanidad que requiere mucha mayor atención de la que recibe actualmente.

Es irónico que una razón de que en la actualidad se subestime lo apremiante del problema es que, excepto en los países de África al Sur del Sahara,

las tasas brutas de natalidad están de hecho disminuyendo en el mundo en desarrollo. En sí misma, esta tendencia es causa de suma satisfacción y puede muy bien significar que el período de aumento acelerado de la tasa de crecimiento de la población mundial ha llegado por último a su fin y se está empezando a avanzar hacia la estabilización.

CUADRO III

Tendencias de la tasa bruta de natalidad en países en desarrollo y desarrollados seleccionados

Región	Número de países	Población en 1979 (millones)	Tasas brutas de natalidad (por mil)				
			1955	1960	1965	1970	1975
África	50	454	48,1	47,8	47,3	46,5	46,0
América Latina	24	318	42,9	42,1	40,9	39,0	37,6
Asia	36	1.399	43,1	43,8	42,8	40,7	39,3
Total de los países en desarrollo incluidos.	110	2.171	44,1	44,4	43,4	41,7	40,5
Total de los países en desarrollo incluidos (1)	110	2.171	44,1	44,4	43,4	41,7	40,5

(1) Se excluye a la República Popular de China y algunos países de Europa Meridional.

Lo que es engañoso acerca de esta tendencia, por otra parte alentadora, es que parece indicar que por fin se ha logrado dominar el problema del crecimiento desenfrenado de la población y que, felizmente, constituye ahora un asunto menos urgente.

Este es un malentendido muy peligroso. El ritmo actual de disminución de la fecundidad en los países en desarrollo no es lo suficientemente amplio o rápido para evitar que lleguen en última instancia a poblaciones estabilizadas en niveles muy en exceso de los que serían deseables y posibles.

Si las tendencias actuales continúan, el mundo en general no alcanzará la tasa de reemplazamiento —un promedio de dos hijos por familia— hasta cerca del año 2020. Esto significa que unos setenta años después la población mundial se estabilizaría finalmente en alrededor de 10.000 millones de habitantes, en comparación con los 4.300 millones actuales.

Debemos tratar de comprender cabalmente cómo sería ese mundo en realidad. Lo llamamos estabilizado, pero ¿qué clase de estabilidad sería posible?

¿Podemos suponer que los niveles de pobreza, hambre, tensión, hacinamiento y frustración a que esa situación daría lugar en las naciones en desarrollo —que para entonces contendrían a nueve de cada diez habitantes de la tierra— ofrecerían probabilidades de asegurar la estabilidad social, la estabilidad política, o, por qué no decirlo, la estabilidad militar?

No es un mundo en el que ninguno de nosotros quisiera vivir.

Pero, ¿es inevitable ese mundo? No lo es. Ahora bien, hay solo dos medios posibles de evitar un mun-

do con 10.000 millones de habitantes: o las actuales tasas de natalidad disminuyen con mayor rapidez, o bien las tasas de mortalidad deben aumentar. No hay otro camino.

Hay, por supuesto, muchas maneras de hacer que las tasas de mortalidad aumenten. En la era termo-nuclear, una guerra puede lograrlo con gran rapidez y eficacia. El hambre y la enfermedad son los viejos controles de la naturaleza al crecimiento de la población, y ninguno ha desaparecido de la escena; el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) calcula que solo el año pasado murieron de hambre más de treinta millones de niños menores de cinco años.

Pero si nuestra elección se inclina a favor de tasas de natalidad menores, más bien que tasas de mortalidad más altas —como debe ser, pues cualquier otra decisión es inconcebible—, entonces simplemente no podemos seguir enfrentando el problema de la población con la parsimonia que ha caracterizado a nuestra actitud en el último cuarto de siglo.

Lo que debemos comprender cabalmente es el factor tiempo con el que tratamos. Este punto reviste enorme importancia y, sin embargo, con frecuencia es erróneamente entendido, incluso por los funcionarios gubernamentales de más alto nivel.

Por cada decenio de retraso en alcanzar una tasa de reproducción neta de 1,0 —es decir, la tasa de reemplazamiento— la población estacionaria definitiva del mundo será alrededor de un 11% mayor. Por lo tanto, si la fecha en que se alcance la tasa de reemplazamiento pudiera adelantarse del año 2020

al 2000, la población mundial definitiva sería de aproximadamente 2.000 millones menos de habitantes, cifra que equivale a casi la mitad del total mundial actual.

Este hecho demográfico revela en términos alarmantes las sanciones escondidas que conlleva el no adoptar medidas, y medidas inmediatas, para reducir la fecundidad. El tiempo perdido contemporizando con los problemas de población es, simplemente, irreparable. Nunca volverá.

Tal como está la situación, si se alcanzara la tasa de reemplazamiento a nivel mundial alrededor del año 2000, con una población mundial definitivamente estabilizada en alrededor de 8.000 millones, el 90% del incremento por encima de los niveles actuales correspondería a los países en desarrollo.

Si cada país siguiera la misma pauta general, ello significaría, por ejemplo, 1.400 millones de habitantes en la India, 305 millones en Indonesia, 215 millones en Bangladesh, 225 millones en Nigeria y 170 millones en México, como se muestra en el cuadro IV. En comparación con las poblaciones actuales de estos países, esas cifras son abrumadoras.

Que conste que no estoy singularizando a estos países para comentar sobre ellos; la mayoría de las naciones en desarrollo tiene problemas comparables. Lo que quiero destacar es que por muy grandes que nos parezcan esas cifras, serán de 25% a 40% mayores si el logro de la tasa de reemplazamiento se retrasa en veinte años y tiene lugar en el año 2020 en vez del año 2000.

CUADRO IV

Magnitud definitiva de la población estacionaria en países en desarrollo seleccionados

(En millones)

Población estacionaria definitiva (1)

País	Población en 1979	Tasa de reproducción neta de 1,0 alcanzada en el año 2000	Tasa de reproducción neta de 1,0 alcanzada en el año 2020	Aumento porcentual causado por dos decenios de demora
India	656	1.375	1.700	24
Indonesia	139	305	380	25
Bangladesh ...	86	215	290	35
Nigeria	83	225	315	41
México	68	170	230	37

(1) El nivel de población estacionaria se alcanzará unos setenta años después de la fecha en que se logre la tasa de reproducción neta de 1,0.

Por consiguiente, los gobiernos deben evitar las graves sanciones que llevan consigo las dilaciones y tratar de acelerar la reducción de la fecundidad.

¿Cómo hacerlo? Hay dos categorías amplias de medidas que los gobiernos pueden adoptar para intervenir: las encaminadas a alentar a las parejas a

desear familias más reducidas y las orientadas a proporcionar a los padres los medios para hacer realidad ese deseo.

Con el primer conjunto de medidas se procura modificar el medio social y económico que tiende a fomentar la fecundidad y, al modificarlo, crear entre los padres una actitud favorable a una nueva norma familiar más reducida. Mediante el segundo conjunto de medidas —servicios eficaces de planificación de la familia— se proporcionan los medios necesarios para alcanzar esa nueva norma.

El debate acerca de qué es más importante para reducir la fecundidad —el progreso socioeconómico o los programas de planificación de la familia— es en gran medida impropio. Las investigaciones demuestran que ambas cosas son importantes.

De hecho, estudios recientes confirman que los países en desarrollo que tienen un buen historial de mejoramiento de las condiciones socioeconómicas y también un programa eficaz de planificación de la familia han logrado, como promedio, disminuciones mucho mayores de la fecundidad que otros países que tienen una cosa u otra, y muchísimo mayores que aquellos en los que no existe ninguna de las dos cosas.

Lo cierto es, por supuesto, que el problema de la población es parte inseparable del problema general del desarrollo. Pero también es más que simplemente eso. Para expresarlo con sencillez: el crecimiento excesivo de la población es el principal obstáculo al progreso económico y social de la mayoría de las sociedades del mundo en desarrollo.

Hay otros obstáculos, naturalmente, y muchos. Pero ninguno es más prevalente, ninguno es más difícil de superar y ninguno impone sanciones tan duras a la dilación. El problema de la población complica y hace más difícil prácticamente cualquier otra tarea de desarrollo.

Permítanme que aclare brevemente esto, pasando a examinar otros tres importantes problemas de desarrollo que se nos presentan amenazadores en el decenio de 1980 y después, a saber: el problema del empleo, el problema de los alimentos y la cuestión de la pobreza absoluta.

Empleo

En este último año del decenio de 1970 hay unos 4.300 millones de seres humanos sobre la tierra. El año próximo por estas fechas habrá 74 millones más. Mañana por la mañana habrá casi 200.000 seres más que hoy.

¿Qué significan estas cifras para el problema mundial del empleo?

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) estima que durante los dos decenios próximos la fuerza laboral mundial aumentará en alrededor de 750 millones de personas.

Dos terceras partes de este incremento corresponderá a los países en desarrollo y los individuos que buscarán trabajo en ese período han nacido ya en su mayoría.

Representan la herencia de las tasas de crecimiento de la población en el pasado reciente y, se haga lo que se haga para moderar esas tasas durante los próximos veinte años, los países en desarrollo se enfrentarán durante el decenio de 1980 y después a un problema de empleo que no tiene paralelo en la historia. Millones de jóvenes se incorporarán cada año a un mercado laboral que ha podido absorber tan solo una fracción de los que les han precedido.

Sin embargo, por cuantioso que sea en los países en desarrollo, el desempleo abierto es solo la superficie visible del problema del empleo. Mucho más prevalente, e igualmente grave, es el subempleo, que alcanza tasas medias estimadas de 35% del total de la fuerza laboral.

Durante el último cuarto de siglo, millones de personas han dejado el campo para acudir a la ciudad en busca de trabajo. El resultado ha sido que, mientras las poblaciones de los países en desarrollo se han venido duplicando cada 25 o 30 años, las de sus grandes ciudades se duplican cada 10 a 15 años y las de los barrios de tugurios y los asentamientos precarios de esas ciudades cada 5 a 7 años.

En una sola generación esas ciudades han absorbido más de 550 millones de personas, la mitad aproximadamente como resultado del incremento natural y la otra mitad a través de la inmigración. Hoy día vive en esos extensos núcleos urbanos un total aproximado de 760 millones de personas.

De ellas, más de 250 millones viven en barrios de tugurios o asentamientos precarios, sin acceso adecuado a un nivel mínimo de nutrición, agua limpia, servicios de salud, educación primaria, transporte público y otros servicios fundamentales. Son los que padecen la pobreza absoluta urbana, y su número crece en 15 millones al año.

Las presiones sobre los gobiernos municipales y nacionales son ya enormes, así que, ¿cuáles llegarán a ser las tensiones a medida que el crecimiento de las ciudades alcanza niveles explosivos durante los dos próximos decenios? Para finales del siglo, vivirán en ciudades tres de cada cuatro latinoamericanos y uno de cada tres africanos y asiáticos.

Hace treinta años, solamente una ciudad del mundo en desarrollo tenía cinco millones de habitantes. En el año 2000 habrá cuarenta, y de ellas, dieciocho tendrán diez millones de habitantes o más. Es muy posible que una tenga tres veces esa cifra.

Desde un punto de vista práctico, los gobiernos del mundo en desarrollo tienen hoy día escasas posibilidades de controlar la urbanización. Esta prosigue de forma inexorable y, en la actualidad, con una rapidez que supera a la capacidad de ordenamiento de casi cualquier ciudad importante.

Es evidente que la creación de mayores oportunidades económicas en las zonas rurales puede atenuar el ritmo de este proceso. En esta esfera hay posibilidades prometedoras, aunque la tarea es de enorme magnitud.

Se ha demostrado que cuando los pequeños agricultores tienen igual acceso a riego, semillas mejoradas, fertilizantes, crédito y asistencia técnica, su productividad por hectárea es igual o mayor que la de los agricultores en gran escala. Además, en casi todas partes el pequeño agricultor usa más mano de obra por hectárea que el agricultor en gran escala; en Colombia, por ejemplo, la intensidad de utilización de mano de obra en las pequeñas explotaciones es cinco veces mayor que en las grandes, y trece veces mayor que en las fincas ganaderas.

La reforma de la tenencia de la tierra —con todo lo difícil que es de poner en práctica— es también un estímulo poderoso de mayores niveles de productividad y empleo. Casi todos los países en desarrollo que han logrado reducir considerablemente la pobreza y el subempleo rurales han tenido programas eficaces de distribución de la tierra.

Ahora bien, no se puede esperar que las mejoras en las explotaciones agrícolas detengan por sí solas la emigración a las ciudades. El sector rural no agrícola es importante también.

En las zonas rurales de la mayoría de los países en desarrollo, las actividades no agrícolas son una de las principales fuentes de empleo e ingresos para aproximadamente una cuarta parte de la fuerza de trabajo rural, e importante origen de ingresos secundarios para los pequeños agricultores y los trabajadores agrícolas que no poseen tierras durante las temporadas de escasa actividad agropecuaria. Es de este último grupo del que proviene la gran mayoría de los que emigran a las ciudades, y sus oportunidades de empleo en el ámbito rural podrían mejorarse de diversas maneras, por ejemplo, mediante:

Programas de capacitación para mejorar sus aptitudes;

Servicios bancarios y planes de crédito para proporcionar pequeñas cantidades de capital a los empresarios rurales;

Servicios de investigación y asistencia técnica;

Inversiones en infraestructura comercial, a fin de ampliar los mercados y mejorar el acceso a materiales y equipo, y

Programas de obras públicas seleccionadas en las zonas deprimidas, para proporcionar empleo de corta duración en las temporadas agrícolas de escasa actividad.

Sin embargo, por mucho que pueda hacerse —y puede hacerse mucho— para aumentar las oportunidades de empleo en las zonas rurales, tanto en las explotaciones agrícolas como fuera de ellas, la emigración a las ciudades continuará y el enorme problema del subempleo en estas deberá confrontarse directamente.

¿De qué modo? La respuesta sincera es que todavía nadie sabe realmente cómo hacerlo.

Las habituales recetas de política —fomento de la pequeña empresa, sistemas de fijación de precios más apropiados, programas de adiestramiento— son todas útiles, pero ninguna de ellas será suficiente durante los próximos diez o veinte años frente a la dura realidad demográfica.

Sabemos lo que se debe hacer en las ciudades, pero no sabemos el modo más eficaz de hacerlo.

Lo que se debe hacer está bien claro:

Se deben crear oportunidades de empleo productivo a costos de capital mucho más bajos, y

Se deben crear oportunidades de empleo productivo servicios públicos básicos a la masa de residentes urbanos pobres en una escala gigantesca y conforme a normas que la economía pueda sufragar.

La clave de la solución está en hacer hincapié en una inversión baja de capital por empleo y en servicios estándar de bajo costo que las unidades familiares pobres puedan pagar.

El concepto básico es proporcionar a los pobres acceso a los activos productivos y la tecnología mejorada mediante la eliminación de las distorsiones a favor de la producción con gran intensidad de capital, por ejemplo, los tipos de interés muy bajos y las tasas salariales excesivamente elevadas.

La insistencia en un costo de los servicios esenciales que esté al alcance de los pobres tiene por objeto asegurar que esos programas tengan posibilidades financieras de repetirse en la escala que se precisa, que no es meramente grande, es masiva.

Consideren tan solo el aspecto de la vivienda. De cuarenta millones de familias que viven en situación

de pobreza absoluta en las zonas urbanas, solamente alrededor de la mitad tiene habitación adecuada. Al ritmo actual de urbanización, para finales de este siglo se precisarán treinta millones más de unidades, si es que se quiere proporcionar habitación decente a todas las familias pobres.

Los costos de inversión y operación necesarios para alcanzar esa meta son enormes: alrededor de \$ 215.000 millones (a precios corrientes) a lo largo de los próximos veinte años, aun cuando se mantengan unas normas muy modestas.

Ningún gobierno de un país en desarrollo puede emprender con ligereza un programa inmenso de vivienda pública. La experiencia hasta la fecha no es muy alentadora. Demasiado a menudo esos programas son costosos e ineficientes; demasiado a menudo se convierten en una subvención perpetua; demasiado a menudo los proyectos no se mantienen adecuadamente y degeneran en barrios de tugurios y, lo más deprimente de todo, demasiado a menudo la llamada vivienda pública de bajo costo es demasiado cara para los pobres y acaba convirtiéndose en vivienda para los grupos de ingresos medianos.

Los estudios realizados indican que hasta un 70% de los pobres no puede costear siquiera la vivienda más barata ofrecida por los organismos públicos. La experiencia sugiere que un enfoque más eficaz es mejorar los barrios de tugurios existentes y proporcionar terrenos y servicios básicos para nuevos asentamientos.

Pero con los problemas de la vivienda, de la emigración a las ciudades y del empleo en general no se empieza siquiera a agotar la lista de problemas de desarrollo que nos espera en el decenio de 1980 y después.

Examinemos un momento otro problema conexo: los alimentos.

Alimentos suficientes para todos

A medida que millones de personas del mundo en desarrollo se trasladen del campo a las ciudades, los sistemas de producción de alimentos de esos países tendrán que experimentar un cambio cuántico. Deberán efectuar la transición de un sistema en gran medida de subsistencia a otro de elevada productividad que pueda rendir excedentes considerables para alimentar a las ciudades en expansión.

Después de todo, es la agricultura la que hace posibles las ciudades en primer lugar. Los alimentos no se cultivan en las ciudades, se cultivan en el campo, y a menos que en este —en alguna parte—

se cultiven excedentes de alimentos, las ciudades no tendrán qué comer.

Las tierras que producen la mayor parte de los excedentes de cereales hoy día no se encuentran en los países en desarrollo. Se encuentran en América del Norte, que se ha convertido recientemente en el granero del mundo.

A América del Norte corresponde el 80% de todas las exportaciones de cereales. Ahora bien, estos se cultivan en su mayor parte en régimen de secano y una serie de cosechas malas en este continente —siempre posibles, teniendo en cuenta los caprichos del clima— podría significar que gran parte del mundo se encontrara de repente en peligro.

Ha tenido lugar un importante cambio estructural en la pauta del comercio mundial de cereales, que quizás resulte en que los países en desarrollo más pobres no puedan tener acceso al mercado a causa de precios demasiado altos debidos a la demanda de otras naciones con déficit de cereales que se encuentran en una situación financiera relativamente mejor.

Los países en desarrollo de ingresos medianos, los miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), la Unión Soviética y otras naciones son ahora los principales clientes del mercado internacional de cereales, y es probable que lo sean aún más en los años venideros.

Conforme a análisis detallados que se llevan a cabo actualmente, si continúan las tendencias presentes de la producción agrícola, cabe estimar que los países en desarrollo no podrán satisfacer sus necesidades de calorías a finales de este siglo a no ser que tripliquen sus importaciones de cereales, a un nivel de 90 a 100 millones de toneladas al año.

Es dudoso que las naciones excedentarias en alimentos de América del Norte y Oceanía puedan generar excedentes exportables de esas magnitudes a precios adecuados, y también el que muchos de los países en desarrollo puedan financiar un nivel tan elevado de importaciones.

¿Qué se puede inferir de estas proyecciones? Se puede inferir que los países en desarrollo deben producir en el futuro sus propios alimentos en mucho mayor grado que hasta ahora. Ningún otro medio ofrece la seguridad de suministros suficientes.

A fin de alcanzar esa meta tendrán que hacer un uso más eficiente de los recursos de que ya disponen. Los aumentos futuros en la producción de alimentos del mundo en desarrollo tendrán que provenir en gran medida de mayores rendimientos por hectárea, más bien que de una rápida ampliación de la superficie de cultivo, y esto significa un aumento significativo del suministro de insumos agrícolas.

El agua es, en verdad, el recurso de importancia más crucial para la agricultura. Durante los dos últimos decenios ha contribuido en forma decisiva al aumento de la producción agrícola de los países en desarrollo. Pero es evidente que el suministro disponible de este recurso no es ilimitado; en muchas zonas empieza a escasear a medida que la agricultura se hace más intensiva. Es preciso administrarlo con cuidado y usarlo con eficiencia.

Reduciendo el desperdicio, la cantidad de agua disponible para riego podría aumentar considerablemente. Por ejemplo, el vasto sistema del río Indo pierde unos 60.000 millones de metros cúbicos de agua cada año a nivel de las aldeas a causa de filtraciones y evaporación. Ese caudal representa más de dos veces el flujo anual total del Nilo.

Para este tipo de programa de reducción del desperdicio sería necesaria una mejor administración del agua en las explotaciones y la participación de millones de agricultores esparcidos en miles de kilómetros cuadrados. No se necesita ninguna tecnología nueva para la utilización eficiente de este recurso; lo que se necesita son organizaciones locales y capital, un sistema sensato de fijación de precios y diversos insumos complementarios.

Según estudios del Banco Mundial y la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), un programa para incrementar la producción agrícola de los países en desarrollo en 3,5% al año supondría:

Aumentar en 10% al año el uso de fertilizantes;

Ampliar la superficie cultivada con variedades de semillas de alto rendimiento del actual 25% de la superficie cultivada total a por lo menos 50%.

Incrementar el suministro de agua para riego mediante la explotación cuidadosa del agua subterránea disponible y del potencial aún no aprovechado de los grandes sistemas fluviales;

Ampliar las tierras de cultivo en no más de 1% al año, frente a 2% en el pasado;

Mejorar las investigaciones sobre cultivos sucesivos y agricultura de secano, y

Realizar mayores esfuerzos para llevar servicios de extensión prácticos al pequeño agricultor.

Si se realizaran estos esfuerzos, los países en desarrollo podrían duplicar su producción agrícola durante los dos próximos decenios. En combinación con las importaciones de alimentos del exterior (de 90 a 100 millones de toneladas al año para finales de siglo), esto podría proporcionar un suministro alimentario mínimamente aceptable.

Es preciso reconocer, sin embargo, que un programa de producción agrícola semejante también costaría mucho: alrededor de \$ 30.000 a \$ 40.000 millones al año a lo largo de los dos decenios próximos.

Así pues, si bien es cierto que los países en desarrollo tendrán que tomar la iniciativa en cuanto a mejorar su propia agricultura, es evidente que la magnitud de los recursos financieros necesarios para ello excede a sus posibilidades. Necesitarán ayuda de la comunidad internacional.

Permítanme que pase ahora a tratar el tema de la pobreza.

Pobreza absoluta

Si nos centramos en los objetivos fundamentales del desarrollo, es evidente que uno esencial debe ser la liberación de los 800 millones de individuos que viven en el mundo en desarrollo atrapados en condiciones de pobreza absoluta, una existencia tan limitada por la desnutrición, el analfabetismo, las enfermedades, la elevada mortalidad infantil y la corta esperanza de vida, que no responde a ninguna definición racional de la dignidad humana.

Como ya he afirmado antes, esto exige que el enfoque tradicional orientado al crecimiento lleve como complemento una preocupación directa por satisfacer las necesidades básicas de los pobres.

No se trata de una receta de filantropía mundial. Tampoco debe llevar a confundir los medios y los fines y a descartar medios que pueden ser necesarios para alcanzar un objetivo, por ejemplo, la industrialización o la inversión en infraestructura económica. Tampoco debe llevar a tratar únicamente los síntomas de la pobreza, en lugar de sus causas.

Esas burdas simplificaciones pueden desprestigiar el concepto mismo de la lucha contra la pobreza, como ha sucedido con frecuencia.

Para empezar, un programa orientado a eliminar la pobreza debe adaptarse a cada país en particular, no puede ser global. Las esferas de intervención cambian de un país a otro. En una sociedad, las necesidades básicas quizás no se satisfagan porque no se asignan suficientes recursos a la producción o importación de bienes, en tanto que en otra puede que no se atiendan porque se hace poco por mejorar la eficacia de los sistemas de distribución de servicios.

La importancia relativa de las esferas de intervención de las políticas puede determinarse solamente después de un análisis cuidadoso de la situación en cada país en particular.

Lo que ofrece un enfoque orientado a la eliminación de la pobreza no es un sustituto del crecimiento económico, sino otro medio de lograr ese crecimiento a través del aumento de la productividad de los pobres. El principal punto es el siguiente: con un enfoque orientado a la pobreza que tenga metas específicas se puede eliminar o reducir la pobreza absoluta en un período de tiempo más corto, y con menos recursos, que aplicando el enfoque más convencional orientado al crecimiento.

Muy pocos de los países en desarrollo de bajos ingresos tienen los recursos, incluso con asistencia externa, para satisfacer simultáneamente todas las necesidades básicas de los que se encuentran en situación de pobreza absoluta en el seno de sus sociedades. Es evidente que se deben establecer las prioridades e identificar a los grupos que hayan de ser objeto de las medidas.

Si es preciso escoger —como es el caso en muchos países pobres—, los programas de educación, nutrición y abastecimiento de agua se destacan como elementos de alta prioridad en la mayoría de los estudios sobre países, y las mujeres y los niños menores de cinco años parecen constituir los grupos más importantes objeto de este esfuerzo.

Como siempre, sin embargo, las circunstancias difieren en las distintas sociedades. Pero lo que es esencial es que nuestra respuesta colectiva a la tarea de satisfacer en medida considerable las necesidades básicas de los que viven en la pobreza absoluta de aquí a finales de siglo se traduzca en dos resultados prácticos, a saber:

El ataque a la pobreza absoluta debe integrarse como elemento fundamental en los planes nacionales de desarrollo, con las prioridades especificadas y los cambios institucionales que esto requiere, y

La comunidad internacional debe prestar apoyo financiero y técnico sostenido a estos esfuerzos específicos.

* * *

Estos son, pues, algunos de los principales desafíos que el desarrollo nos planteará a todos en el decenio de 1980 y después. En el último análisis, todos estos problemas están relacionados entre sí y es evidente que para avanzar hacia su solución será necesario un ambiente de crecimiento económico.

Es precisamente la relación entre el crecimiento económico y estos problemas de desarrollo lo que constituye la verdadera razón para establecer metas de crecimiento económico y examinar los factores

que influyen en esas metas, en particular las corrientes de capital y la expansión del comercio internacional.

Permítanme que pase ahora a examinar las perspectivas de crecimiento económico en el decenio de 1980 y el apoyo externo necesario para lograr ese crecimiento.

IV — ORIENTACION DE UNA NUEVA ESTRATEGIA INTERNACIONAL DE DESARROLLO

¿Cuáles son las perspectivas de crecimiento de los países en desarrollo en el decenio de 1980?

En el Banco hemos estudiado las proyecciones de varios casos hipotéticos en materia de crecimiento. El objeto de tales proyecciones no es, por supuesto, intentar predecir en términos estadísticos lo que sucederá en la realidad, sino más bien ofrecer ejemplos de la gama de opciones de política que deben considerarse en el esfuerzo por acelerar el ritmo actual de desarrollo.

CUADRO V

Perspectivas de crecimiento de los países en desarrollo

(Tasas de crecimiento; porcentajes anuales)

	1970-80 (Estimación del crecimiento real)	Proyección para 1980-90 (Caso básico)
I. Perspectivas de crecimiento de los países en desarrollo		
a) PIB. Países de bajos ingresos:		
Africa	3,0	3,8
Asia	4,2	5,0
Todos	4,0	4,8
Países de ingresos medianos....	5,5	5,8
Todos los países en desarrollo...	5,2	5,6
b) PIB per cápita. Países de bajos ingresos:		
Africa	0,3	1,0
Asia	2,0	2,8
Todos	1,7	2,6
Países de ingresos medianos....	2,9	3,4
Todos los países en desarrollo...	2,8	3,3
c) Sectores:		
Agricultura	2,7	3,0
Industria	6,2	6,2
Servicios	5,6	6,0
II. Supuestos sobre el ambiente externo		
a) PIB de los países industrializados	3,4	4,2
b) Comercio mundial de mercancías	5,9	6,0
c) AOD	3,3	3,6
d) Corrientes de capital privado...	7,3	3,9
III. Supuestos sobre medidas internas en los países en desarrollo		
a) Inversión interna bruta.....	6,2	6,5
b) Ahorro interno bruto	5,0	6,7
c) Exportaciones de mercancías...	5,7	6,5
Manufacturas	10,0	11,1
Productos primarios	4,2	3,3

El realismo impone que comencemos con la tasa de crecimiento alcanzada de hecho durante el último decenio —de aproximadamente 5,2% para todos los países en desarrollo en conjunto—, tomemos en cuenta las tendencias actuales y los sucesos económicos recientes y, a la luz de supuestos razonables, tratemos de determinar cuál podría ser el conjunto de metas factibles para el decenio de 1980.

El caso básico que se expone en el cuadro V es un ejemplo de esto. Ofrece un conjunto de proyecciones que parecen viables, pero solo si tanto los países en desarrollo como los desarrollados hacen un esfuerzo muy decidido.

Si se hiciera tal esfuerzo, que es muy considerable, el crecimiento anual del PIB de los países en desarrollo como grupo alcanzaría un promedio de 5,6% en el decenio de 1980, frente a 5,2% en el de 1970.

La tasa de 5,6% puede parecer una proyección del crecimiento excesivamente modesta, incluso tímida, pero no lo es. De hecho, depende de algunos supuestos muy ambiciosos, a saber: una importante recuperación económica en las naciones de la OCDE, la movilización enérgica de los recursos internos en todo el mundo en desarrollo, un considerable aumento del crecimiento de las exportaciones de manufacturas de los países en desarrollo y crecientes corrientes de capital provenientes de las naciones industrializadas.

A fin de enfocar con mayor nitidez esta cuestión, el logro de un crecimiento del PIB de 5,6% durante el próximo decenio exigirá:

Que los países en desarrollo más pobres registren un crecimiento de casi 5% al año, frente a 4% en el decenio anterior;

Que la producción agrícola del mundo en desarrollo aumente en 3% al año por lo menos;

Que aproximadamente el 27% del ingreso adicional de los países en desarrollo se ahorre y reinvierta;

Que la asistencia oficial para el desarrollo —a pesar de las crecientes restricciones al gasto público en los países de la OCDE— aumente en términos reales a tasas mayores que en el último decenio;

Que la recuperación de las naciones de la OCDE represente un crecimiento medio de 4,2% al año durante el próximo decenio, en comparación con 3,4% en el de 1970 y 2,2% previsto para 1980, y

Que las exportaciones de manufacturas de los países en desarrollo crezcan a una tasa de 11,1% al año, pese a los problemas de ajuste a corto plazo y la creciente marea de proteccionismo en muchos países de la OCDE.

Es evidente que para lograr todo esto será necesario efectuar algunos cambios muy importantes en las actuales políticas y tendencias económicas y volver a las condiciones más favorables que prevalecieron en el decenio de 1960.

Es muy posible que algunos observadores arguyan que tales cambios exceden a lo que es realista esperar que se pueda lograr durante los diez próximos años. Evidentemente, cambios de esta magnitud plantean una serie de cuestiones difíciles de política que los países tanto desarrollados como en desarrollo deben enfrentar con espíritu sincero, si es que se ha de llegar a un acuerdo sobre una estrategia internacional de desarrollo significativa y apoyarla. Son interrogantes como los siguientes:

¿Adoptarán los países en desarrollo las medidas de política necesarias para acelerar su tasa de crecimiento agrícola en el decenio de 1980 hasta 3%, cuando nunca ha alcanzado un promedio superior a 2,7% en los dos decenios anteriores a pesar de los esfuerzos nacionales e internacionales en ese sentido?

¿Podrán los países en desarrollo ahorrar y reinvertir más de una cuarta parte de su producto adicional durante el decenio de 1980?

¿Podrán los países en desarrollo más pobres —que contienen a la mayoría de los que viven en la pobreza absoluta— alcanzar tasas de crecimiento del PIB casi 25% superiores a las del último decenio y crear las instituciones, movilizar las aptitudes administrativas y motivar el espíritu empresarial que se precisan para un crecimiento económico tan rápido y el cambio estructural asociado?

¿Tomarán medidas las naciones de la OCDE a fin de incrementar la asistencia oficial para el desarrollo, en términos reales, a un ritmo más rápido en el decenio de 1980 que en el de 1970?

¿Aumentarán las corrientes de capital privado provenientes de las naciones desarrolladas a una tasa suficiente en el futuro, como lo hicieron en el decenio de 1970, a pesar de la creciente preocupación acerca del aumento del servicio de la deuda?

¿Será la expansión del comercio mundial más rápida en el decenio de 1980 que en el de 1970, frente a la continua amenaza de recesión y proteccionismo comercial, haciendo posible de ese modo que las exportaciones de manufacturas de los países en desarrollo obtengan una participación más razonable en el mercado?

Por último, ¿podrán las tasas de crecimiento de las naciones de la OCDE aumentar sustancialmente en el decenio de 1980, respecto de su actual nivel

deprimido, y proporcionar así la base para la necesaria expansión del comercio y la asistencia financiera?

El solo planteamiento de estos interrogantes indica la necesidad de efectuar un serio análisis de tales cuestiones, si es que han de tener éxito las deliberaciones sobre una nueva estrategia de desarrollo.

Es evidente que los supuestos de partida del caso básico en materia de políticas beneficiarían considerablemente a muchos de los países en desarrollo, si es que pueden convertirse en realidad en el curso del decenio de 1980.

Esto es especialmente cierto de aquellos países de ingresos medianos que están en buen camino hacia el establecimiento de un sector industrial eficiente y orientado a la exportación, que están haciendo un esfuerzo serio para limitar el crecimiento de su población y que han emprendido medidas eficaces de reforma de la tenencia de la tierra.

Sin embargo, permanece el hecho de que una tasa de crecimiento general de 5,6% —a pesar del duro esfuerzo que exigiría— sería aún muy inferior a lo deseable en términos de los resultados del mundo en desarrollo: no se cultivarían suficientes alimentos, no se crearían suficientes empleos nuevos y no se generaría suficiente ingreso personal.

Aún más, la meta de crecimiento de 5,6% tiene repercusiones desalentadoras en lo que se refiere a aminorar la pobreza en medida significativa de aquí a finales de siglo.

Las proyecciones indican que en el año 2000 habrá unos 600 millones de personas que seguirán atrapadas en una situación al margen mismo de la existencia.

Esto es simplemente inaceptable y, sin embargo, nos plantea a todos un dilema muy difícil. Si propusiéramos una meta de crecimiento general considerablemente mayor para el decenio de 1980 —por ejemplo, 6,6%— y postulásemos todos los supuestos de la economía internacional necesarios para hacer posible tal nivel de crecimiento, entonces podríamos elaborar proyecciones mucho más aceptables de la aminoración de la pobreza absoluta para finales del siglo.

Las proyecciones correspondientes a ese caso hipotético con crecimiento elevado indican que el total de personas en situación de pobreza absoluta, de unos 800 millones en la actualidad, podría disminuir a alrededor de 470 millones para el año 2000.

Pero el dilema es el siguiente: no sirve de nada proponer metas de crecimiento internacional —y to-

dos los supuestos de partida necesarios— que no tienen prácticamente posibilidad alguna de alcanzarse. No sirve sino para menoscabar la verosimilitud de tales estrategias y es garantía de desilusión y frustración en la comunidad internacional y de escepticismo e impaciencia en los estamentos legislativos y entre los ciudadanos de los distintos países.

Seamos francos. Teniendo en cuenta las actuales condiciones económicas mundiales y la repercusión de los acontecimientos recientes, va a ser muy difícil lograr incluso los supuestos de crecimiento mucho más moderados implícitos en el llamado caso básico.

De hecho, es totalmente posible visualizar un caso hipotético menos satisfactorio para el decenio de 1980, en el que los países en desarrollo en conjunto logran quizás solamente una tasa de crecimiento de 4,8%. Las correspondientes proyecciones, que desgraciadamente no son en absoluto improbables, supondrían resultados aún menos aceptables en lo que se refiere a aminorar la pobreza absoluta.

Como se puede observar en el cuadro VI, tales proyecciones indican que hasta 710 millones de personas seguirían atrapadas en esas deplorables condiciones.

CUADRO VI

Niveles de pobreza absoluta con diferentes tasas de crecimiento, año 2000

	Caso básico (tasa de 5,6%)		Caso con crecimiento elevado (tasa de 6,6%)		Caso con crecimiento bajo (tasa de 4,6%)	
	Mil- lo- nes de per- so- nas en la po- breza absol- uta	Por- cen- ta- je de la po- bla- ción	Mil- lo- nes de per- so- nas en la po- breza absol- uta	Por- cen- ta- je de la po- bla- ción	Mil- lo- nes de per- so- nas en la po- breza absol- uta	Porcen- taje de la po- bla- ción
Países de bajos ingresos	440	22	340	17	520	26
Países de ingre- sos medianos..	160	10	130	8	190	12
Todos los países en desarrollo..	600	17	470	13	710	20

¿Qué podemos hacer frente a este dilema?

Lo primero que debemos hacer es ser realistas. La tasa de crecimiento solamente, cualquiera que esta sea, no va a aminorar en medida significativa la pobreza absoluta en un período aceptable de tiempo.

El crecimiento es absolutamente esencial y se deben hacer toda clase de esfuerzos para que aumente en las sociedades en desarrollo. Pero, aun siendo una condición necesaria para reducir la pobreza, el

crecimiento no es por sí solo una condición suficiente. Es ingenuo suponer que en una sociedad cualquiera la pobreza absoluta desaparecerá automáticamente por el simple hecho de que el producto nacional bruto aumenta.

Lo que es importante es entender que las tasas de crecimiento, aun las más ambiciosas, no pueden de ningún modo reducir por sí solas la pobreza absoluta con la rapidez que se debe.

Eso exige, además de crecimiento, programas específicos con metas definidas. En una serie de conferencias mundiales patrocinadas por las Naciones Unidas que se han celebrado durante el decenio de 1970, la comunidad internacional se ha comprometido políticamente a mejorar la calidad de la vida en las sociedades en desarrollo proporcionando a cada individuo educación primaria, servicios básicos de salud, agua limpia, saneamiento y nutrición suficiente.

El esfuerzo de desarrollo del decenio de 1980 debe hacer que estos compromisos políticos convenidos se conviertan en programas prácticos de acción.

Dentro del marco internacional de una estrategia de desarrollo para el decenio de 1980, cada país en desarrollo debe formular sus propios planes de acción para lograr mejoras específicas en el nivel de vida de los que viven en condiciones de pobreza absoluta en sus sociedades, en el curso de un período de planificación definido de cinco, diez y quince años.

Solo mediante programas concretos semejantes a nivel nacional se pueden traducir las intenciones internacionales en mejoramientos efectivos en las vidas de los individuos y proporcionar una base realista para evaluar el tipo y volumen de asistencia externa que se requiere.

Por supuesto, la mayor parte de este esfuerzo tendrá que partir de los propios países en desarrollo. Tratándose de problemas críticos de desarrollo, es evidente que ninguna cantidad de asistencia externa de la comunidad internacional puede sustituir a los esfuerzos internos decididos por parte de cada una de esas naciones.

Esos esfuerzos son absolutamente esenciales. Nada se puede lograr sin ellos. Pero también es cierto que los esfuerzos internos deben tener como contrapartida mayor asistencia por parte de la comunidad internacional, si es que se quiere que la tarea de desarrollo tenga éxito.

Será necesario que esa asistencia adopte diversas formas. Permítanme que me refiera brevemente a algunas de las principales.

Asistencia oficial para el desarrollo

A fin de que los países en desarrollo más pobres puedan alcanzar en el decenio de 1980 unas tasas de crecimiento del PIB superiores a las del caso básico, la AOD debe aumentar a un ritmo más rápido que el crecimiento del PNB de las naciones de la OCDE. En el caso hipotético con crecimiento elevado se supone que la AOD aumentará a razón de 6,7% al año, que es el doble de la tasa de crecimiento actual. A ese ritmo, en 1990 la AOD ascendería a 0,39% del PNB de la OCDE, en comparación con 0,33% en la actualidad. Esto, naturalmente, no podrá lograrse —y, por lo tanto, esos países no podrán alcanzar un crecimiento económico acelerado— a menos que los principales donantes incrementen considerablemente sus contribuciones, especialmente los Estados Unidos (0,22% del PNB en la actualidad), Japón (0,25%) y Alemania (0,32%).

Como se muestra en el Anexo I, los datos actuales indican que, en relación con el PNB, los Estados Unidos no aumentarán en absoluto su contribución durante el período que abarca la proyección (1979-85) y que Japón y Alemania aumentarán las suyas en solamente tres centésimos de un punto porcentual.

Corrientes de capital privado

Es igualmente esencial para las perspectivas de desarrollo de los países de ingresos medianos que las corrientes de capital privado aumenten en el decenio de 1980 a tasas parecidas a las del de 1970. Pero está lejos de ser seguro que así ocurra.

Habrà competencia creciente por la obtención de fondos privados de los países de la OCDE a medida que su recuperación económica cobre impulso. Aún más importante, los bancos privados, que ya tienen fuertes compromisos en una serie de países en desarrollo, pueden mostrarse renuentes a ampliar sus operaciones a la tasa necesaria para apoyar el crecimiento que esos países son capaces de lograr.

Quizás lo que se precise sean nuevos acuerdos institucionales para hacer frente a crisis inesperadas de liquidez, una función más amplia del Fondo Monetario Internacional para abordar situaciones críticas de balanza de pagos a corto plazo y mayor flexibilidad en el Banco Mundial para proporcionar financiamiento a largo plazo. Estos temas se trataron ayer en la reunión del Comité para el Desarrollo y deben seguir siendo objeto de atención por nuestra parte.

Expansión del comercio mundial

Como ya he señalado antes, cualquier modelo mejorado de crecimiento requerirá la continua expansión del comercio mundial en general y de las exportaciones de manufacturas de los países en desarrollo en particular.

Evidentemente, esto no podrá ocurrir a menos que las naciones de la OCDE logren restablecer pautas de crecimiento sostenido y niveles elevados de empleo, y a menos que haya una oposición eficaz a la actual oleada de proteccionismo.

En mi discurso ante la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), celebrada en Manila en mayo de este año, me referí a esta cuestión en detalle y señalé las duras sanciones económicas que el proteccionismo comercial impone tanto a los países desarrollados como en desarrollo. Como ya subrayé entonces —y quiero reiterar aquí—, la tarea de mejorar el ambiente para el comercio mundial no terminará con la firma del Tratado de la Ronda de Tokio. No hará sino empezar.

Hay un temario que no se ha concluido y que requiere atención seria. Incluye una serie de cuestiones urgentes y que son motivo de legítima preocupación para los países en desarrollo, a saber:

La reducción y eliminación de las barreras no arancelarias ya vigentes, en especial las cuotas existentes para los textiles y el calzado;

Mayores reducciones de los aranceles para los productos de exportación que se exceptúan de las reducciones medias en la actual serie de negociaciones, y

La cobertura de aspectos excluidos de las negociaciones de la Ronda de Tokio, tales como el comercio entre firmas integrantes de empresas multinacionales, el comercio entre empresas de propiedad estatal y el comercio de servicios.

El caso es que la liberalización de las condiciones en que se desenvuelve el comercio mundial debe ser un proceso continuo. Debemos estudiar el modo de poder avanzar en forma más rápida y sistemática hacia un sistema de intercambio internacional más equitativo y un reglamento más abierto para el comercio mundial.

El crecimiento de las naciones de la OCDE

En el caso básico se supone una importante recuperación del impulso de crecimiento en las naciones de la OCDE. Sin ello, las perspectivas de los países en desarrollo se ven gravemente limitadas.

Lo cierto es que los destinos económicos de los países desarrollados y en desarrollo están cada vez más entrelazados en este mundo nuestro, cada vez más interdependiente.

El crecimiento de los países desarrollados se verá restringido si los ingresos —y, por lo tanto, los mercados— de los países en desarrollo no logran aumentar.

Y si el crecimiento económico y los niveles de empleo siguen deprimidos en las naciones industrializadas, estas se mostrarán renuentes a abrir sus mercados y ofrecer más asistencia a los países en desarrollo.

Es muy posible que las naciones industrializadas se enfrenten durante el próximo decenio a opciones muy parecidas a las que confrontaron durante la depresión del decenio de 1930, a saber: encerrarse atemorizadas en sí mismas, en un esfuerzo contraproducente por preservar sus privilegios, o abrirse valerosamente hacia afuera y ayudar tanto a ellas mismas como a las menos afortunadas a convertirse en socios productivos en un sistema internacional en expansión.

Como ya he señalado, las realidades de la interdependencia están forjando inevitablemente un nuevo orden mundial, pero los mecanismos institucionales y las medidas de política para hacerle frente van muy a la zaga.

Por último, debemos recordar que no hay ningún elemento mágico relacionado con una meta global de crecimiento económico para los países en desarrollo, ya sea de 5,6% o cualquier otra cifra. La consideración a nivel internacional de tales metas tiene valor solo en la medida en que lleve a un diálogo sobre los problemas y supuestos subyacentes.

Este es el tipo de diálogo que necesitamos y, como mínimo, el análisis debería tratar de las tareas de desarrollo que son evidentemente fundamentales en el decenio de 1980, a saber: el crecimiento de la población, la creación de empleo, la producción de alimentos, la reducción de la pobreza absoluta, el problema de la energía y los cambios estructurales necesarios, tanto en el seno de los países en desarrollo como entre estos y las naciones industrializadas.

Todos estos problemas son urgentes, y todos ellos sufren actualmente en diverso grado de aplazamientos, contemporizaciones o demoras.

Esto no facilita en modo alguno su solución, sino que la hace más difícil: las opciones se cierran, las

complicaciones aumentan, los costos se elevan y las sanciones a las demoras se multiplican.

Debemos, pues, ponernos de lleno a la tarea.

Para que una estrategia internacional sea funcionalmente útil, debe proporcionar un marco en el que se puedan formular los programas nacionales de acción. Por específica que una estrategia sea —y a nivel internacional nunca puede ser muy detallada—, su éxito o fracaso dependerán totalmente en última instancia del grado en que proporcione una orientación útil para la elaboración de programas nacionales de acción que sean viables.

* * *

Por consiguiente, y para resumir lo dicho en esta sección, cabe afirmar que la formulación de una estrategia de desarrollo para el decenio de 1980 ofrece a la comunidad internacional una oportunidad valiosa para reconsiderar los objetivos fundamentales del propio desarrollo.

Una de las principales frustraciones del Diálogo Norte-Sur hasta la fecha ha sido que se ha tendido a perder de vista los fines a causa de la confusión en los argumentos sobre los medios.

Como ya he señalado antes, lo que se necesita más que nada es un entendimiento básico entre las partes en cuanto a lo siguiente:

La índole y magnitud de los problemas actuales de desarrollo;

Las medidas necesarias para hacerles frente;

Las responsabilidades relativas que caben a las partes en la adopción de tales medidas, y

Los costos y beneficios de su adopción para cada parte.

Los preparativos de la nueva estrategia internacional de desarrollo —que se beneficiará del Informe de la Comisión Brandt, previsto para fines de este año— proporcionan el contexto para buscar ese entendimiento básico, que es tanto más necesario cuanto que a nivel internacional simplemente no poseemos todavía los mismos instrumentos ejecutivos de que se dispone —y que se dan por sentado— a nivel nacional.

No existe evidentemente ningún sistema global de planificación, ninguna hacienda mundial basada en la tributación internacional, ni ningún mecanismo central de presupuestación para asignar recursos financieros gubernamentales.

Es posible —incluso probable— que algunas de estas instituciones se establezcan con el tiempo. Ciertamente, las realidades de nuestra creciente in-

terdependencia deberían impulsarnos a todos hacia un sistema menos arbitrario y, es de esperar, más racional de gestión de los recursos mundiales.

Entre tanto, debemos dar forma a las instituciones y sistemas que tenemos, y mejorarlos, lo más inteligentemente que podamos.

Permítanme que pase ahora a examinar el modo en que el propio Banco puede ayudar mejor a la comunidad internacional a hacer frente a los problemas de desarrollo del decenio de 1980.

V — EL BANCO MUNDIAL EN EL DECENIO DE 1980

El Banco inicia el decenio de 1980 con una sólida base financiera para planear sus operaciones en los años venideros. Se prevé que durante el ejercicio en curso se aprobarán más de 300 operaciones que representan un total de compromisos del Grupo del Banco de alrededor de \$ 11.500 millones. Los desembolsos deberán alcanzar casi \$ 6.000 millones. Aunque los cálculos sobre la escala de las operaciones en años subsiguientes son aún provisionales y están sujetos a posibles revisiones a medida que las circunstancias cambian, las cifras del cuadro que sigue indican la magnitud de nuestros actuales planes de trabajo para el quinquenio que abarcan los ejercicios de 1979-83, en comparación con los resultados efectivos correspondientes a períodos quinquenales anteriores.

Cuando preparé este discurso y dispuse que el texto se enviara a la imprenta, manifestaba al comienzo de su Sección V —relacionada con la labor del propio Banco Mundial— que la institución inicia el decenio de 1980 con una sólida base financiera.

Deseo destacar que últimamente se han logrado importantes adelantos en esta esfera. El 28 de junio los Directores Ejecutivos sancionaron el aumento general del capital de \$ 40.000 millones y recomendaron su aprobación por los gobernadores, y las negociaciones relativas a la sexta reposición de los recursos de la Asociación Internacional de Fomento (AIF) han venido progresando en forma muy satisfactoria.

Pero después de haberse impreso el texto del discurso, en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos se aprobó una enmienda a la legislación por la que se autoriza la asignación de fondos para la quinta reposición de los recursos de la AIF; esta enmienda impide la utilización para determinados fines de los fondos estadounidenses: específicamente, para hacer préstamos a Viet Nam y a varios otros países.

En esas circunstancias, según lo establecido en su Convenio Constitutivo, el Banco no podría aceptar dichos fondos. Y al no haber una aportación de los Estados Unidos, las condiciones del acuerdo relativo a la AIF específicamente le prohíben al Banco utilizar fondos de ningún otro donante. Ante tal situación, el Banco se vería obligado a poner término de inmediato a las operaciones de la AIF.

Es un hecho innegable que si esta enmienda definitivamente se incorpora a la ley que se promulgue, el Congreso habrá destruido la fuente más importante de asistencia económica para los 1.250 millones de personas que viven en las naciones en desarrollo más pobres.

No puedo creer que los Estados Unidos —un país que fue el principal fundador de la Asociación Internacional de Fomento— deseen hacer tal cosa.

Pero la realidad es que está en vías de hacerse.

Lo único que resulta pertinente ahora es preguntarnos: ¿cómo podremos hacer frente a esta crisis?

Es evidente que necesitamos contar con el apoyo de todos nuestros países donantes con relación a esta cuestión. Deseo manifestar mi reconocimiento al presidente Carter, quien nos ha asegurado que su gobierno hará todo lo que esté a su alcance para contribuir a la solución de este problema. Por mi parte, le concederé mi atención prioritaria hasta que quede resuelto.

CUADRO VII

Banco Mundial: nuevos compromisos financieros y desembolsos netos por períodos quinquenales

(En miles de millones de dólares)

	Ejercicios de 1964-68	Ejercicios de 1969-73	Ejercicios de 1974-78	Plan de trabajo para los ejercicios de 1979-83
Nuevos compromisos				
BIRF	4,3	8,9	24,4	42,5
AIF	1,3	3,9	7,9	19,0
CFI	0,2	0,6	1,2	2,6
Total \$ corrientes	5,8	13,4	33,5	64,1
\$ constantes del ejercicio de 1979...	21,0	28,2	40,9	56,7
Desembolsos netos				
BIRF	1,7	2,9	8,4	18,6
AIF	1,3	1,4	5,3	10,1
CFI	0,1	0,3	0,8	1,5
Total \$ corrientes.	3,1	4,6	14,5	30,2
\$ constantes del ejercicio de 1979....	10,0	11,8	19,5	26,4

No cabe duda de que, por el bien de las personas que sufren las mayores privaciones, es preciso que se resuelva este problema. Repito: no puedo creer —y no lo creo— que los Estados Unidos deseen volver la espalda a esos más de mil millones de seres humanos de los países más pobres del mundo en desarrollo.

Estos planes reflejan el hecho de que a finales del mes de junio los directores ejecutivos convinieron en recomendar a los gobernadores un aumento general del capital del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) de \$ 40.000 millones, proporcionando así una base segura para que continúe el crecimiento en términos reales de las operaciones crediticias durante los próximos años.

Aún más, me siento optimista en cuanto a que durante esta reunión de Belgrado se llegará a un acuerdo sobre la sexta reposición de los recursos de la Asociación Internacional de Fomento (AIF), de volumen suficiente para asegurar un considerable aumento en términos reales de su facultad para contraer compromisos durante los tres próximos años.

Queda aún, por supuesto, un importante temario que completar con relación a estos dos asuntos. Como institución, sin embargo, vamos a entrar en el difícil decenio de 1980 confiados en poder aprovechar nuestra experiencia y el progreso logrado en el decenio de 1970 y seguir introduciendo innovaciones y adaptaciones en nuestras políticas a fin de adecuarlas a las tareas que nos esperan.

Antes de pasar a examinar esas tareas en más detalle, deseo destacar un punto de índole general. En medida creciente, los países en desarrollo acuden al Banco como su principal fuente de asistencia externa. Por consiguiente, creo que en el curso de los dos próximos años deberíamos reexaminar a fondo nuestra función en el proceso de desarrollo, a fin de asegurar que el Banco satisfaga las necesidades en evolución de sus miembros y de ver si podemos proporcionar mejor toda la gama de servicios implícitos en nuestro mandato. En tal examen, ninguno de nuestros programas o políticas debería considerarse inamovible. Lo único permanente es nuestro mandato de promover el desarrollo, no los instrumentos que utilizamos para desempeñarlo.

Permítanme que pase ahora a lo que el Banco hace —y planea hacer— para contribuir a la solución de algunos de los problemas que he descrito. Comenzaré con el tema de la población.

Población

El Banco Mundial viene respondiendo al problema de la población en sus países miembros en desarrollo de tres maneras generales: promoviendo la conciencia de la importancia crítica de una planificación realista de la población, financiando actividades que contribuyen a reducir la fecundidad en forma directa e indirecta y prestando apoyo a las investigaciones encaminadas a una mejor comprensión de los factores determinantes de la fecundidad.

Se han realizado ya estudios del sector de población —que proporcionan una orientación general para los programas nacionales— en quince países que contienen un tercio de la población del mundo en desarrollo y durante los próximos cinco años se llevarán a cabo estudios sobre otros once países que representan un 20% de esa población total.

Los proyectos de población que financia el Banco ofrecen amplio apoyo a los programas nacionales de población. Incluyen componentes tales como asistencia en materia de organización y administración para fortalecer las instituciones, educación en materia de población, programas para estimular la motivación de tener familias más reducidas, sistemas integrados de servicios de salud y planificación de la familia, y otros muchos. Durante los próximos cinco años tenemos planeado financiar por lo menos el doble de proyectos de población que en el quinquenio pasado.

Reconocemos, por supuesto, que los esfuerzos de planificación de la familia tienen que llevar como complemento medidas que promuevan el progreso socioeconómico. Hace tiempo que el Banco se ha comprometido a apoyar proyectos que mejoren directamente la productividad de los pobres, y por lo tanto su bienestar. Esas inversiones se han concentrado en el sector agrícola y, naturalmente, revisten también importancia crítica para satisfacer las necesidades de alimentos de los países miembros.

Alimentos

El Banco es actualmente, con gran diferencia, la principal fuente de financiamiento externo para la agricultura, y en particular para la producción de alimentos, en el mundo en desarrollo. Facilitamos en la actualidad más de 40% del total de la asistencia externa oficial a ese sector.

En el curso de los cinco últimos años el Banco ha proporcionado directamente alrededor de \$ 12.000 millones para desarrollo agrícola, monto que ha contribuido a financiar proyectos con un costo total de

alrededor de \$ 30.000 millones y ha representado de 15% a 20% de la inversión pública total en agricultura. Más de 75% de esta inversión se ha orientado al aumento de la producción de alimentos.

Esperamos que en los primeros años del decenio de 1980 los proyectos que financie el Banco contribuirá al logro de hasta una quinta parte del aumento anual de la producción de alimentos en nuestros países miembros en desarrollo.

De conformidad con esta insistencia en la agricultura y la mayor producción alimentaria, durante los cinco últimos años el Banco:

Ha proporcionado apoyo técnico y financiero por valor de unos \$ 1.500 millones para proyectos de fabricación de fertilizantes, proyectos a los que corresponderá una tercera parte del total de la producción adicional de fertilizantes de los países en desarrollo en el período de 1980-85;

Ha invertido aproximadamente \$ 6.000 millones en sistemas de riego, lo que representa una cuarta parte del total de la inversión pública mundial en los países en desarrollo para fines de riego;

Ha financiado casi una quinta parte de la inversión total en redes de caminos rurales, contribuyendo de hecho a la construcción de una red de caminos rurales mayor que la totalidad del sistema de carreteras interestatales de los Estados Unidos, y

Ha presidido y prestado apoyo financiero al Grupo Consultivo sobre Investigaciones Agronómicas Internacionales, que proporciona financiamiento al sistema internacional de investigaciones agronómicas; además, ha invertido \$ 160 millones en el establecimiento de trece programas nacionales de investigación.

El próximo decenio exigirá el fortalecimiento continuo de estos programas. Estimamos que el Banco proporcionará de \$ 20.000 a \$ 25.000 millones para inversiones en agricultura durante los ejercicios de 1979-83 y que con ese monto se apoyarán proyectos y programas por un valor total superior a \$ 50.000 millones.

Así pues, los proyectos del Banco seguirán representando por lo menos 15% a 20% del total de inversiones públicas en agricultura en los países en desarrollo durante el decenio de 1980.

El Banco estará también dispuesto a proporcionar apoyo técnico y financiero a los gobiernos que traten de formular planes nacionales específicos para superar sus problemas alimentarios.

Además de esta ayuda directa para aumentar la producción de alimentos en los países en desarrollo el Banco estudia el modo de formular programas de

seguridad en materia de alimentos, basados en sistemas descentralizados de almacenamiento, a fin de asegurar precios adecuados para los agricultores, reducir las considerables pérdidas posteriores a las cosechas y fortalecer los sistemas internos de distribución frente a la amenaza de condiciones climáticas adversas.

Aminoración de la pobreza absoluta

Se prevé que las inversiones que el Banco ha contribuido a financiar en el sector rural durante los cinco últimos años harán aumentar los ingresos de unos sesenta millones de los habitantes más pobres del mundo en desarrollo. Este ha sido —y seguirá siendo— el objetivo fundamental de las actividades del Banco encaminadas a la aminoración de la pobreza absoluta.

Sin embargo, hoy quiero destacar las importantes actividades complementarias que el Banco ha emprendido para reforzar nuestros esfuerzos directos por aumentar la productividad. Deseo mencionar dos importantes sectores en particular: el abastecimiento de agua y la salud.

El Banco comenzó a otorgar financiamiento para abastecimiento de agua y eliminación de desechos a comienzos del decenio de 1960, pero antes de 1970 esos proyectos se orientaban casi exclusivamente a satisfacer las necesidades de abastecimiento de agua de las ciudades importantes, con frecuencia las capitales, de los países en desarrollo. En los primeros años del decenio de 1970, y de conformidad con las consideraciones estratégicas expuestas en el discurso que pronuncié con ocasión de nuestra reunión en Nairobi, a ese financiamiento se le empezó a dar la forma no solo de una importante contribución a la infraestructura, sino también de un servicio público de importancia vital que, si se orientaba hacia los que vivían en la pobreza absoluta, podía tener repercusiones importantes en sus vidas. Por consiguiente, en los cuatro últimos años más de la mitad de los préstamos para abastecimiento de agua han incluido fondos para ese fin.

Las vinculaciones con la productividad y mejores niveles de vida son inmediatas. En el pasado, el potencial productivo de las unidades familiares pobres, y en particular de las mujeres, se ha visto gravemente reducido por el tiempo y la energía gastados en obtener suficientes cantidades de agua para satisfacer las necesidades esenciales. En muchas zonas rurales, los que obtienen el agua —en su mayoría mujeres— tienen que caminar a veces hasta

siete kilómetros para llegar a la fuente más próxima. Así mismo, el agua impura y la eliminación inadecuada de los desechos se cuentan entre las causas principales de enfermedades y defunciones, especialmente entre los niños pequeños.

Las estrategias orientadas a ayudar a los pobres a mejorar su nivel de salud revisten importancia crítica, tanto para mejorar la calidad de su vida como para elevar su nivel de productividad. Durante los cuatro últimos años el Banco ha llevado a cabo experimentos de financiamiento de componentes de salud en proyectos de otros sectores.

Sobre la base de la experiencia obtenida, se ha acordado ahora que el Banco inicie un programa completo de asistencia técnica y financiamiento en el propio sector de la salud.

Al tiempo que atiende estos problemas fundamentales del desarrollo —la población, la producción de alimentos y la aminoración de la pobreza absoluta— el Banco debe, por supuesto, tener en cuenta los cambios que ocurren en el ambiente económico mundial y que pueden tener repercusiones de importancia en la capacidad de los países en desarrollo para sostener tasas razonables de crecimiento económico. En el decenio de 1970, ningún problema ha cobrado tanta importancia como el pronunciado aumento del precio relativo de la energía.

Satisfacción de las necesidades de energía

La cuenta de importaciones de petróleo de los países en desarrollo ha aumentado de \$ 4.000 millones en 1972 a \$ 26.000 millones en 1978, y calculamos que se acercará a \$ 42.000 millones en 1980. Esto ha tenido repercusiones espectaculares en la economía de la oferta de energía, aumentando los incentivos para explotar los recursos conocidos de energía en los países en desarrollo e intensificar la exploración de recursos nuevos y las actividades de preinversión.

En vista de esta situación, hemos examinado las perspectivas de 78 países en desarrollo no miembros de la OPEP que tienen posibilidades de producción de petróleo y gas. De ellos, solo 23 son productores en la actualidad y, en la mayoría de los casos, su producción es reducida. Suponiendo que se puedan facilitar suficientes recursos —alrededor de \$ 12.000 millones al año—, estos 78 países deberían poder aumentar su producción de petróleo en unos tres millones de barriles diarios y la de gas en alrededor de 1,2 millones de barriles diarios de equiva-

lente en petróleo para finales del decenio de 1980, ahorrando de ese modo unos \$ 30.000 millones en costos de importación.

Esto, agregado a la triplicación planeada de su generación de energía hidroeléctrica y al aumento al doble de su producción de carbón durante el mismo período, constituiría una contribución importante al aumento de los suministros globales de energía.

La cuestión es si se dispondrá del financiamiento necesario. A fin de asegurar que así sea, el Banco ha emprendido recientemente un programa energético quinquenal.

Provisionalmente, nuestros planes consisten en:

Ampliar en forma gradual nuestras operaciones crediticias en el sector petrolero hasta \$ 1.200 millones al año para el ejercicio de 1983, cantidad con la que se contribuirá a financiar anualmente proyectos de exploración y producción de petróleo y gas por un costo total superior a \$ 4.000 millones y que representa aproximadamente un tercio de las necesidades totales de inversión de nuestros países miembros en desarrollo en este sector;

Llevar a cabo el 60% de este programa crediticio en los países más pobres;

Destinar el 40% del programa a actividades tales como levantamientos geológicos, perforaciones exploratorias y preparación de proyectos;

Prestar asistencia a un total de hasta cuarenta países durante los ejercicios de 1978-83 para la evaluación y actualización de datos de levantamientos geológicos anteriores o la realización de otros nuevos, y

Emprender estudios sectoriales en unos quince países en desarrollo cada año, a fin de ayudar a determinar sus necesidades de energía y potencial de producción y prestar asistencia en la preparación de planes energéticos nacionales.

Por supuesto, nuestra función en este campo será catalizadora: la mayor parte del financiamiento externo deberá provenir de otras fuentes. Pero la respuesta del Banco en esta difícil esfera es un ejemplo del tipo de flexibilidad que debemos tener en nuestras políticas, si es que hemos de ayudar a satisfacer las necesidades cambiantes del mundo en desarrollo.

Financiamiento del cambio estructural y el proceso de ajuste

El aumento de los precios de la energía es solo un ejemplo de los cambios en las condiciones económicas mundiales que influyen en las perspectivas

de financiamiento externo de los países en desarrollo. Como ya señalé antes, el deterioro de las perspectivas de crecimiento de las naciones industrializadas amenaza con complicar los problemas a que se enfrentan las sociedades en desarrollo, ofreciendo una bonificación adicional a los países que ajusten rápidamente su pauta de producción conforme a su ventaja comparativa en evolución.

Como grupo, los países en desarrollo necesitan aumentar sus exportaciones de manufacturas en 11% a 13% al año en el decenio de 1980 a fin de poder financiar tasas razonables de crecimiento del PIB. Esto exigirá difíciles ajustes estructurales internos, especialmente teniendo en cuenta las perspectivas de crecimiento más lento y la amenaza de aumento del proteccionismo en las naciones desarrolladas.

Estas dificultades se agravarán a causa de los recientes incrementos de los precios del petróleo, que agregarán alrededor de \$ 14.000 millones a los déficit en cuenta corriente de los países en desarrollo importadores de petróleo en 1980 (2). Los ajustes necesarios requerirán tiempo y los países que estén dispuestos a adoptar decisiones difíciles al respecto necesitarán ayuda exterior en apoyo de ese proceso de ajuste.

En mi discurso de este año ante la UNCTAD insté a la comunidad internacional a considerar favorablemente la posibilidad de prestar asistencia adicional a los países en desarrollo que emprendan los necesarios ajustes estructurales. Indiqué que estaba dispuesto a recomendar a los directores ejecutivos que el Banco considerase tales solicitudes de asistencia y que, en los casos apropiados, facilitara financiamiento adicional para programas. Es necesario prestar atención especial a la posibilidad de proporcionar asistencia a los países antes de que lleguen a experimentar dificultades graves de balanza de pagos.

Apoyo a las corrientes de capital privado

Como en el caso del financiamiento en la esfera de la energía —en la que el papel del Banco es fundamentalmente catalizador—, la asistencia directa que podemos facilitar de nuestros propios recursos a los países miembros que se enfrentan a crecientes necesidades de capital externo es, naturalmente, limitada. La mayor parte del financiamiento externo, especialmente para los países de ingresos medianos en proceso de rápida industrialización, debe seguir proviniendo de bancos comerciales e inversionistas privados.

Las necesidades de financiamiento de los países en desarrollo durante los próximos años únicamente podrán satisfacerse —en forma consecuente con tasas de crecimiento razonables— si los mercados de capital privado consiguen que el reciclaje de fondos hacia esos países alcance una escala aún mayor que en el pasado. Es sencillamente imposible hacer frente a esas necesidades mediante los flujos de asistencia oficial tan solo. Hay considerable incertidumbre en cuanto a la capacidad de los bancos comerciales para proporcionar los fondos necesarios. El mismo éxito que han tenido en los últimos años con el reciclaje de fondos ha hecho que aumenten en gran medida sus tenencias de deuda de los países en desarrollo, y no está claro que esas tenencias puedan incrementarse en grado suficiente para atender las nuevas necesidades.

El Banco ha procurado apoyar las corrientes de capital privado en condiciones razonables a través de sus propias operaciones de financiamiento directo, a través de las operaciones de cofinanciamiento con bancos comerciales y, quizás lo más importante, a través de sus esfuerzos por promover en los países la adopción de estrategias de desarrollo que sean realistas y se puedan mantener. Debido a las grandes incertidumbres que oscurecen las perspectivas en cuanto al volumen futuro del financiamiento de los bancos comerciales a los países en desarrollo, mantendremos en observación constante el nivel de las corrientes financieras totales y, si parecen ser insuficientes, trabajaremos con el Fondo Monetario Internacional y otros organismos para encontrar nuevos procedimientos.

Contribución al Diálogo Norte-Sur

Deseo por último referirme a la creciente función del Banco en la preparación de análisis de problemas internacionales que afectan a los países en desarrollo.

Debido a sus más de treinta años de experiencia en tareas económicas en los países en desarrollo y a los recursos de su personal internacional, el Banco tiene una capacidad única para analizar de manera objetiva las consecuencias de la creciente interdependencia entre países desarrollados y en desarrollo. En la reunión de la UNCTAD en Manila me referí a ciertos aspectos de la interdependencia en la esfera del comercio de bienes manufacturados. El tipo de análisis que presenté entonces puede ampliarse y

(2) Se estima que los déficit en cuenta corriente de los países en desarrollo importadores de petróleo alcanzarán un total aproximado de \$ 50.000 millones en 1980, en comparación con \$ 23.000 millones en 1978 y \$ 5.000 millones en 1972.

profundizarse en los años venideros, y así se hará. Pero —y en esto es en lo que quiero hacer hincapié— hay otros muchos aspectos de la interdependencia que requieren un análisis cuidadoso y profesional.

Como ya saben, hemos emprendido la preparación, con carácter anual, del Informe sobre el Desarrollo Mundial. En los dos primeros informes de la serie se han analizado las perspectivas y problemas de desarrollo de los países de ingresos bajos y medianos sobre la base de diferentes supuestos acerca de sus propios esfuerzos y del ambiente internacional.

Además de proseguir la evaluación de las perspectivas de crecimiento de los países en desarrollo, cada informe sucesivo se concentrará en el análisis de una o dos cuestiones prioritarias de política que formen parte del temario internacional.

Con estos medios esperamos hacer una contribución útil a la comprensión de los problemas del desarrollo mundial y al Diálogo Norte-Sur que está teniendo lugar.

El Banco Mundial es una importante institución financiera que tiene a su cargo la tarea de actuar como intermediario financiero. Pero somos también un organismo de fomento con una función de importancia vital que desempeñar en lo referente a asegurar que se consideren adecuadamente diferentes políticas encaminadas a acelerar el progreso económico y social del mundo en desarrollo.

Esta institución nació en una explosión de espíritu innovador en 1944 —en un momento de perturbación mundial sin paralelo— con una audaz creencia en el principio creador de la colaboración internacional.

Es posible que el decenio de 1980 exija de nosotros aún más que los años críticos de mediados del de 1940.

Debemos estar preparados, y confío en que lo estaremos.

Permítanme que resuma ahora los principales puntos que he expuesto hoy y saque las conclusiones del caso.

VI — RESUMEN Y CONCLUSIONES

A medida que el decenio de 1970 llega a su fin, es importante que tratemos de aprovechar las enseñanzas que podamos de un período que ha sido tan inesperadamente turbulento.

La meta principal adoptada hace nueve años por la comunidad internacional en su estrategia oficial para el Segundo Decenio para el Desarrollo —una

tasa media de crecimiento de 6% para los países en desarrollo como grupo— no se alcanzará. El crecimiento no pasará de 5,2% al año, en el mejor de los casos.

Aún más, habrá graves deficiencias en los objetivos secundarios, y en particular en los referentes a la producción agrícola de los países en desarrollo y al nivel de la asistencia oficial para el desarrollo proveniente de las naciones de la OCDE.

Por otra parte, las estadísticas de los resultados globales ocultan diferencias muy considerables entre los diversos grupos de países.

El ingreso aumentó menos donde más se necesitaba, es decir, en los países más pobres que contienen más de la mitad de la población del mundo en desarrollo. Las economías de la mayoría de esas naciones, en las que cientos de millones de sus habitantes están ya atrapados en una situación de pobreza absoluta, apenas registraron progreso alguno.

La comunidad internacional considera ahora el tipo de propuestas que debería adoptar en su estrategia oficial para el Tercer Decenio para el Desarrollo.

¿Debería una vez más fijar una serie de metas estadísticas específicas para los resultados medios generales de los países en desarrollo, o debería enfocar toda la cuestión de los objetivos de otra manera?

En última instancia, las estrategias eficaces de desarrollo giran esencialmente en torno a opciones de política. Las metas cuantitativas pueden ser útiles para observar los progresos una vez que se han adoptado las decisiones fundamentales de política, pero las metas no garantizan por sí mismas que las políticas sean apropiadas.

Por consiguiente, me parece que un enfoque más práctico de la planificación del Tercer Decenio para el Desarrollo sería considerar en detalle las difíciles opciones de política que todos los países, tanto en desarrollo como desarrollados, tendrán que confrontar en el decenio de 1980 y después, si es que se han de concretar los objetivos fundamentales del desarrollo.

Esas opciones de política girarán inevitablemente en torno a problemas tan enormes y complicados como el crecimiento de la población, la producción de alimentos, la creación de empleo, la urbanización, la aminoración de la pobreza absoluta y la ampliación del comercio internacional y las corrientes de financiamiento.

Todos estos problemas tienen relación entre sí, pero nuestra experiencia con ellos empieza a revelar

que las medidas tomadas en el pasado no van a ser suficientes en los decenios venideros.

Lo cierto es que va a ser necesario efectuar cambios estructurales de enorme magnitud, si es que hemos de hacer algún progreso significativo hacia la solución de esos problemas. En cierto modo, de esto es de lo que se trata fundamentalmente en el diálogo entre el Norte y el Sur, por lo que creo que tal diálogo debería formar parte cabal de la formulación de cualquier nueva estrategia convenida.

El Banco, por su parte, se ocupa naturalmente a fondo de todos estos problemas fundamentales del desarrollo, pero puede y debe hacer mucho más para ayudar a sus países miembros a hacerles frente con eficacia.

Nuestra reciente iniciativa en el sector energético —al que prestaremos atención prioritaria en el decenio próximo— es un ejemplo de la flexibilidad que necesitamos a fin de responder con rapidez y eficacia a las necesidades cambiantes de nuestros países miembros en desarrollo.

Al igual que todos los demás integrantes de la comunidad internacional en la esfera del desarrollo, el

Banco debe contemplar el nuevo orden mundial interdependiente que inevitablemente evolucionará en el decenio de 1980 y después con la visión, la valentía y el arrojo que la historia claramente exige de todos nosotros.

Las opciones se nos están cerrando, las soluciones fáciles están desapareciendo y las decisiones difíciles son cada vez más urgentes.

Las dilaciones, las demoras y los esfuerzos insuficientes frente a estos problemas trascendentales no pueden hacer sino resultar en sanciones muy graves para los que en el próximo siglo tengan que vivir con las consecuencias de las decisiones que debemos adoptar, y adoptar pronto.

Vivimos en una era en la que estamos aprendiendo que nuestros recursos naturales no se deben usar con prodigalidad.

Pero, de todos nuestros recursos, el más irrecuperable de todos es el tiempo. Debemos aprovechar el tiempo que tenemos, y aprovecharlo ahora, porque nunca volverá.

ANEXO I

Corrientes de asistencia oficial para el desarrollo (AOD) de los países miembros del Comité de Asistencia para el Desarrollo (CAD), como porcentaje del producto nacional bruto (1)

	1965	1970	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981	1982	1983	1984	1985
Alemania	0,40	0,32	0,40	0,31	0,27	0,31	0,32	0,33	0,33	0,34	0,34	0,35	0,35
Australia	0,53	0,59	0,60	0,42	0,45	0,45	0,45	0,46	0,47	0,47	0,48	0,49	0,50
Austria	0,11	0,07	0,17	0,12	0,24	0,27	0,28	0,29	0,29	0,30	0,30	0,31	0,32
Bélgica	0,60	0,46	0,59	0,51	0,46	0,55	0,54	0,58	0,60	0,62	0,65	0,67	0,70
Canadá	0,19	0,42	0,55	0,46	0,50	0,52	0,46	0,47	0,47	0,48	0,50	0,50	0,50
Dinamarca	0,13	0,38	0,58	0,56	0,60	0,75	0,69	0,70	0,70	0,71	0,71	0,72	0,72
Estados Unidos (2)	0,49	0,31	0,26	0,25	0,22	0,23	0,22	0,22	0,22	0,22	0,22	0,22	0,22
Finlandia (3)	0,02	0,07	0,18	0,18	0,17	0,18	0,20	0,21	0,21	0,22	0,23	0,24	0,25
Francia	0,76	0,66	0,62	0,62	0,60	0,57	0,57	0,57	0,58	0,58	0,59	0,60	0,61
Italia	0,10	0,16	0,11	0,13	0,10	0,06	0,10	0,10	0,09	0,13	0,11	0,10	0,11
Japón	0,27	0,23	0,23	0,20	0,21	0,23	0,25	0,26	0,26	0,27	0,28	0,28	0,28
Noruega	0,16	0,32	0,66	0,70	0,83	0,90	0,92	0,94	0,96	0,97	0,98	0,99	1,00
Nueva Zelanda (4)	—	0,23	0,52	0,41	0,39	0,34	0,30	0,27	0,27	0,27	0,29	0,31	0,33
Países Bajos	0,36	0,61	0,75	0,82	0,85	0,82	0,90	0,93	0,93	0,93	0,94	0,95	0,97
Reino Unido	0,47	0,36	0,37	0,38	0,37	0,40	0,39	0,39	0,40	0,40	0,40	0,41	0,41
Suecia	0,19	0,38	0,82	0,82	0,99	0,90	0,93	0,94	0,95	0,96	0,98	0,98	1,00
Suiza	0,09	0,15	0,19	0,19	0,19	0,20	0,21	0,21	0,22	0,23	0,23	0,24	0,25

Totales generales

AOD (miles de millones de \$, precios nominales)	5,9	6,8	13,6	13,7	14,7	18,3	20,7	23,0	25,7	29,0	32,7	36,7	41,3
AOD (miles de millones de \$, precios constantes de 1979)	16,7	15,9	19,2	18,8	18,6	20,0	20,7	21,5	22,4	23,7	25,0	26,1	27,5
PNB (billones * de \$, precios nominales)	1,3	2,0	3,8	4,2	4,7	5,6	6,3	7,0	7,7	8,6	9,5	10,6	11,9
AOD como % del PNB ...	0,44	0,34	0,35	0,33	0,31	0,32	0,33	0,33	0,33	0,33	0,34	0,34	0,35
Deflactor de la AOD (5) ...	0,36	0,43	0,71	0,79	0,79	0,91	1,00	1,07	1,15	1,23	1,31	1,40	1,50

(*) Billón = 1.000.000.000.000. (1) Las cifras reales hasta 1977 y las estimaciones preliminares correspondientes a 1978 son de la OCDE. Las relativas a 1979-85 se basan en estimaciones de la OCDE y el Banco Mundial del crecimiento del PNB, en información sobre las autorizaciones presupuestarias para fines de ayuda y en declaraciones de política en materia de asistencia formuladas por los gobiernos. Son proyecciones, y no predicciones, de lo que ocurrirá a menos que se adopten medidas no planeadas ahora. (2) En 1949, cuando se inició el Plan Marshall, la AOD de los Estados Unidos constituía el 2,79% de su PNB. (3) Finlandia ingresó al CAD en enero de 1975. (4) Nueva Zelanda ingresó al CAD en 1973. No se dispone de datos sobre su AOD en 1965. (5) El deflactor utilizado es el del PNB en dólares estadounidenses, que incluye los efectos de modificaciones en los tipos de cambio.